



Nueva Narrativa Caborquense
Compilador: Luis Álvarez Beltrán
Programa Editorial de Sonora

ISBN: 978-607-9499-39-6
Primera edición

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Lic. Claudia Pavlovich Arellano
Gobernadora Constitucional

Profr. José Víctor Guerrero González
Encargado del Despacho de la Secretaría de Educación y Cultura

Lic. Mario Welfo Álvarez Beltrán
Director del Instituto Sonorense de Cultura

Mtro. Josué Barrera Sarabia
Coordinador Editorial y de Literatura del ISC

SECRETARÍA DE CULTURA

María Cristina García Cepeda. *Secretaria de Cultura*

Antonio Crestani. *Director General de Vinculación Cultural*

Edición: Gabriela Soto Soto

Diseño editorial: Aarón A. Lima

Imagen de portada: Sergio Rascón

© D.R. Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58, Colonia Centro
Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000
literatura@isc.gob.mx
Impreso en México

Nueva Narrativa Caborquense

Compilador:
Luis Álvarez Beltrán



Esta obra está dedicada
a nuestros hijos,
a nuestros padres,
a nuestros hermanos,
a nuestras familias,
a nuestros amigos.

No hay nada más grande,
no hay nada mejor.

Prólogo

Cada vez que un libro sale a la luz se presenta una suerte de doble proceso de intercambio de ideas: Por un lado el elemental encuentro del lector con el texto, desde luego la parte más importante, que producirá la lectura que cristalizará la razón de ser de cada obra, que muchos expertos de las teorías de la promoción de la lectura tienden a postular como el acto que deseablemente propiciará el “encuentro lector” y/o el “momento lector” donde (y cuando) las personas logran entrar, penetran, absorben el universo esencial de un relato o de cualquier historia literaria.

Por otra parte, se da también inicialmente, automáticamente, el comercio de ideas entre la cuestión editorial que permitió, facilitó, volvió factible y real, un hecho, un evento, la aparición de dicha obra; y los diferentes elementos del mundo literario, llámese esto crítica, academia, comunidad literaria, medios de comunicación, universo de lectores, redes sociales, etc., que pueden platear y cuestionar acerca de la razón y/o justificación de la aparición de una o tal obra.

En ese sentido, Nueva Narrativa Caborquense es una propuesta inscrita en el género del cuento, compuesta por doce relatos de doce nóveles autores sonorenses, particularmente caborquenses, que se ha proyectado para ofrecerse como una oferta literaria a partir de una iniciativa que nació como una empresa o inquietud creativa con objetivos expresamente dirigidos al ámbito local, es decir teniendo como meta los lectores de la región de Caborca o el Desierto de Altar. Desde luego, sus alcances podían llegar a Hermosillo y otras pocas ciudades; pero la existencia del certamen denominado Programa Editorial de Sonora no sólo formalizó

este proyecto literario de un puñado de enjundiosos muchachos dedicados a escribir historias; sino lo redimensionó para que pueda ser conocido a nivel estatal y probablemente más allá.

La propuesta de Nueva narrativa caborquense es un abanico multicolor y diverso de creaciones que, a diferencia de la mayoría de los libros de cuentos con que nos encontramos, basados en la reunión de un número variable de relatos (desde tres hasta dieciocho o más, si se quiere) donde la obra se recorre bajo el cielo y sobre el suelo de un solo imaginario, el de su autor único, y muchas veces las historias llevan una misma sobriedad, una blanca, café, gris o etiquetada solemnidad, o un festivo desparpajo uniforme de alegoría lingüística que llega a marear o emborrachar, estilo que se repite y se repite en cada cuento; a diferencia de esa repetición virtuosa e insistente de voces que generalmente remiten una y otra vez a una igual estructura y tiempo narrativo, formas de pensar del mismo eco, temas y filosofías aglutinantes, obsesiones, paisajes, visiones, reflexiones que encierran hasta el más polifacético de los autores; esta obra, como todas las que se precian de ser antologías colectivas, aspira a la gracia de postular relatos de manufactura generalmente sencilla pero no desprovista de sosegada corrección, con la sustancia temática propia de la tradición del género, con estilos narrativos aun en formación evolución pero no sin destellos y hallazgos estimulantes bien logrados que siempre, toda vez y a un nivel que alcanzan la calidad a esperarse en un proyecto de publicación, hagan que el lector se sienta en un encuentro afortunado con el libro, al internarse en cada uno de los escenarios, atmósferas, mundos, universos, ambientes que surgen de cada una de las historias. Esa es su princi-

pal ilusión. Ese es su principal motor creativo.

A inicios de la primavera del año 2017, tras la aparición de un libro de relatos titulado Tijuaneados, emanado de la Colección Editorial del Centro Cultural Tijuana en su edición 2016, el autor, un servidor, paradójicamente caborquense a despecho del título del libro, agradeciendo ese éxito, se propuso reunir a todos los escritores de Caborca, especialmente los jóvenes, para realizar un proyecto literario que aglomerara el trabajo de alrededor de una decena de escritores que durante varios años han realizado esfuerzos verdaderos, honestos, sinceros, para abrirse camino en el mundo de la literatura. Su campo de labor y de acción, desde el estudio universitario de la carrera de letras, pasando por su asistencia a talleres de escritura creativa, incursionando en proyectos editoriales como revistas o fanzines, portales electrónicos, participando en otras antologías, algunos de ellos permanentemente accediendo a concursar estatal, nacional o internacionalmente con suertes diferentes, e incluso algunos de ellos ya con obra publicada individualmente, ganadores también de certámenes juveniles, académicos, o del mundo de internet; todo ese bagaje de labor creativa les ha merecido la oportunidad de ser leídos y considerados para formar parte de esta colección de cuentos.

El favor y el mérito de ser nombrados ganadores de esta convocatoria a partir de su inscripción a esta convocatoria, a la cual acceden cada uno de ellos de forma democrática y pareja al ser autores de un relato cada uno dentro del conjunto de la antología; los presenta a ser sujetos de este doble proceso: Experimentar un encuentro con el público y por medio de su texto generar un “momento lector”... el resultado se dirimirá en función de lo que los autores fueron ca-

paces de lograr al escribir su historia. Todo su poder y su único poder estriba en eso... No hay nada ni nadie entre el lector y el texto. Sólo la posible magia, el anhelante encanto que ofrece la lectura. El combustible, la energía para encender la mente del lector, está en las letras del autor.

Dice Camilo José Cela que el oficio del escritor es escribir y esperar. Estos doce muchachos ya escribieron, ahora su trabajo es esperar la honesta y la sincera lectura de quienes amorosa, deferente o trabajosamente se decidan a entrar en estas páginas.

La presente obra no es una contestación u oposición a una anterior narrativa caborquense de la cual se pueda decir que es inexistente; no es inexistente. Tampoco hay una narrativa caborquense anterior a esta que sea destacable o presumible por antonomasia de forma que este libro sea un homenaje o tributo a una serie de autores regionales del siglo pasado. Sin embargo, vale la pena mencionar que ha habido obras y autores que han dejado huella o han realizado un esfuerzo digno de mención en el terreno de las letras. Los cronistas de la historia de Caborca José Clemente Vanezas y más recientemente José Jesús "El Loco" Valenzuela llegaron a editar material valioso para la historia literaria de nuestra ciudad; luego ha habido autores como Don Román Badillo (novela: *Y los peones fosforecieron*, 1942), su hijo Javier Badillo Ugalde, el maestro Eligio Espinoza Ojeda (novela: *¡Minero!*) y los grandes escritores vecinos Miguel Méndez (Santa Ana, Son.) y Guillermo Munro (Puerto Peñasco, Son.) si no son exponentes de la narrativa caborquense, la comunidad los ha adoptado como suyos y como parte de la literatura del desierto.

Mención aparte merece Abigael Bohorquez, poeta, dra-

maturgo y ensayista para las glorias de la literatura sonoreNSE y nacional, si bien no se dedicó a la narrativa, sus poesías, especialmente aquellas de clara, colorida e innegable tela autobiográfica, contienen la narrativa completa que puede referir la mejor serie de historias que cualquier cuentista superior pudo haber hilvanado entre 1957 y 1995... su poética sobre el desierto es una narrativa inigualable de nuestro hábitat y ecosistema único. Su poema *Elegía de primer ingreso*, es un relato de desgarrador de dolorosa niñez y despertar al mundo. Su poema *Nocturno*, dedicado a su madre, es un relato sobre la quintaesencia de una madre mexicana, del norte, y su relación con los quehaceres del día en el reducto de la casa, del patio, de las plantas y animales de corral, del afán y de los oficios del amor al hogar. Su poema *Llanto por la muerte de un perro* es la entrañable historia de un niño y su mascota, con un superlativo mensaje metafórico de trasfondo social y profundamente humano. *Menú para el generalísimo* es un cuento político. *Acta de Confirmación* es una crónica narrativa de un hecho histórico puntualmente citado. *La Tierra Prometida* es la historia de un clamor donde un amante le confiesa a su pareja los derroteros de un planeta ecológicamente devastado donde el final se lo llevará a él junto con todo y ya no estará para contemplarlo para amarlo. *Desazón* es el relato, álgido hasta el paroxismo, de una parte innegable de la historia del mundo: la de los pobres, la de los vagabundos, la de los desterrados, la de los exiliados, la de los marginados, la de los olvidados. Lo mismo se puede considerar de la fábula sin concesiones que es el poema *Duelo*. Y así nos podemos seguir. Con toda la trampa que la formalidad académica y la literatura secular no me permiten, es justo decir que Abigael Bohórquez es el narrador por

excelencia de la literatura sonoreense. Excepto que narraba desde la poesía. Ya lo dijo José Emilio Pacheco. Los escritores somos escritores, los géneros son otra cosa.

El título del libro Nueva Narrativa Caborquense responde a razones por demás sencillas: Se llama Nueva, porque los relatos son nuevos, fueron escritos en recientes años, en recientes meses, en recientes días. Narrativa, porque pertenecen al género narrativo del cuento. Caborquense, porque todos los autores nacieron o crecieron en Caborca y se consideran en caborquenses... orgullosamente caborquenses.

Este libro tampoco lleva el título de caborquense en oposición, comparación o competencia a la narrativa hermosillense, guaymense, cajemense o nogalense. Nada más alejado de la realidad. Toda literatura es una pequeña parte de un inmenso mar donde las historias se confunden y unen tanto como la historia de la humanidad. Este libro se llama caborquense sólo para abanderar que existe una narrativa caborquense. Y esta es.

Luis Álvarez Beltrán

Índigo

Verónica Fragoso Irineo

Un rayo de luz tuvo el afán de atravesar la ventana del camión donde viajaba, como si intentara despertarla de su sueño. A través del ventanal un árido paisaje se dejaba entrever, el deslumbramiento de las dunas le provocó un leve dolor en sus ojos, pero ella los forzó a seguir contemplando ese entorno. El viento hacía danzar a los montículos de arena que, al subir a la carretera, bailaba moviéndose como vil serpiente hasta cruzarla. Lo buscaba entre los insípidos matorrales, en las dunas, pero no logró distinguirlo con facilidad.

Ella quería ver el mar, motivo con el cual su hermana la convenció de marcharse, dejar atrás la pesadumbre. Dedujo, por lo reluciente del panorama, que eran las doce del día. Así descubrió el mágico instante provocado por la luz de mediodía: La fusión del cielo y el desierto y, entre los dos, el mar, imitando el tono celeste. Una colisión peculiar, irónica, anunciaba al puerto que se encontraba cada vez más cercano, el próximo escenario para reescribir su vida, su nuevo hogar.

Al salir de la central camionera, la recibió una horda de taxistas y el golpe de una ráfaga de viento. Negaba los servicios de los choferes mientras se quitaba los granos de arena que el aire le estampó en el cachete. El sol volvió a cegarla antes de distinguir a su hermana, recargada en una camioneta roja. Ésta corrió hacia ella, abrazándole. Intercambiaron saludos y comentarios sobre el clima peculiarmente extremo por tratarse de marzo, y subieron a la camioneta.

Su hermana la llevó a una palapa hecha restaurant. El lugar le parecía familiar. No le prestó atención a su parlanchina hermana mientras analizaba el local en búsqueda del recuerdo. Hasta cuando posó la vista en la imagen de una sirena saciándose con una tostada de ceviche. “Qué ridículo”, le escuchó decir, entre distantes risas.

—¿Alguna vez vinimos aquí? —Le preguntó a su hermana.

—Sí, pero fue hace tanto tiempo que ya no lo recuerdas. —Respondió la hermana. —Te traje porque te encanta el aguachile. —Concluyó.

Memorizó la lejana escena del encargado sirviendo las cuatro órdenes: Filetes de pescado para su hermana y su esposo; tostadas para ella, un gran molcajete lleno de aguachile para él.

—No aguanto el chile —le recordó a su hermana.

—¡Oh! Siempre se me olvida. —Contestó, al mismo tiempo que tomaba su silla; cambió el tópico a memorias infantiles, de las que siempre repite cuando se reencuentran, y a chismes familiares que no le causan interés.

Los años expuesta frente al mar causaron el deterioro de la pintura, pero en sí la casa de su hermana mantenía la misma fachada. Era amplia y de grandes ventanales. Por pensar en los futuros hijos que jamás lograron tener, contaban con recámaras extras.

—Ésta es la tuya. Creo que es lo suficientemente grande para ti y para tus cosas. —Le señaló su hermana la habitación del primer piso.

—¿Cuándo dices que llegan? —Agregó.

—El miércoles.

—¡Perfecto! Así podremos ir a gusto al martes de Carnaval, sin tener que esperar a los de la mudanza. —Se dirigió a la puerta.

—Te dejo para que descanses, debo adelantar la comida para mi marido.

Al retirarse su hermana, cerró la puerta y caminó hacia sus maletas. De una de ellas sacó un retrato en un marco de madera y lo colocó sobre la mesita de noche. Adoraba esa foto, pero más su sonrisa forzada, ahora tan distante. Jamás se sintió satisfecho con sus fotos, pero aquella vez la cámara logró captarlo en una sonrisa, toda su personalidad retraída. Ella le sonrió al retrato como solía sonreírle a él.

Se encaminó a las cortinas para recorrerlas y así le permitieran ver la playa. Su hermana la conocía bien, no era de su agrado nadar en las aguas del mar, pero podía pasar horas observando el ritmo de las olas en conjunto con el sonido del viento. Se acomodó en el sillón. Era difícil notar que la marea descendía, las fuertes ráfagas de aire movían a las olas, furiosas y, al tratarse de una playa rocosa, cada choque del oleaje era realmente estruendoso. Cerró los ojos para percibir con mayor atención el *allegro* medio violento; era una sinfonía sólo para ella, un concierto privado. Al abrirlos, tuvo que llevarse una mano a la boca para poder cubrirla, para evitar que el grito asustara a su hermana y la hiciera aparecer. Pero ¿Cómo podía ser posible? Se trataba de él entre las olas, lo estaba viendo a él, tomando la forma y la materia del mar, su color. Mientras abría los brazos, la invitaba a ir hacia él. Con fuerza cerró de nuevo sus ojos, se repitió que él no puede estar allí y, en efecto, su adorado ya no se encontraba entre ella y las olas.

“¡Loca, necia!”, decidió darle la espalda a la playa y cerrar los ojos, imaginarse entre sus anhelados brazos, en su presencia ausente.

El desfile comenzó tarde y ya perdía la paciencia. De acuerdo a la explicación de su hermana, nada podía comenzar sin Mema, la travesti que en los últimos años ha sido elegido (¿o elegida?) Reina del Carnaval. Al aparecer, por fin, fue seguro que Mema duró tiempo de más retocándose en la estética. Su carro alegórico sobresalía entre todos, pero más que nada, su personalidad rimbombante.

Desde su colorida poltrona tiraba dulces a los niños y besos a los jóvenes. Era notable lo regocijada que se encontraba la soberana del festejo. Nadie más era tan feliz y eso le causaba envidia. Todo ese asunto de disfraces, máscaras y bailes le parecía ridículo. La hermana, del brazo de su marido estático, festejaba a gritos cada ocurrencia, por menos graciosa que ésta fuese. Los gritos de su hermana sólo eran una minúscula parte del coro desentonado de la multitud.

Decidió distraerse y comenzó a pensar en la clase de chistes que bufaría él, si se encontrase ante tal situación.

El desfile acabó donde comenzaría la verdadera fiesta. Puestos dudosos, música terrible, gente que en vano intentó disfrazar a su persona, olores indignantes, todo eso opacaba la belleza del malecón del pueblo, junto con su mar. Ella dejó a su cuñado y hermana en un puesto, prefería sentarse a observar el atardecer mientras la fiesta le permitiese disfrutarlo.

El sol se escondía entre su cobija acuática, ella, ilusionada, pensaba en volver a reencontrarse con su amado, como inesperadamente sucedió la tarde anterior. Él era tan irreal, como un sueño, pero así también lo fue en vida. El sol tenía minutos de haberse retirado cuando su hermana le tocó el hombro.

—Anímate a bailar, sé que la música no es de tu agrado, pero te avivará un poco.

—No, gracias. —Le respondió—, pero se percató de no

contar con una salida cuando vio a su cuñado, acompañado de un sujeto. Su hermana le sonrió:

—Te conseguimos pareja. —Dijo con orgullo, mientras abrazaba a su marido, y se dirigieron a la pista de baile. Ella seguía sentada, con la mirada en dirección al mar, ahora iluminado tenuemente. El desconocido le extendió la mano, no preguntó por su nombre. Ella supo que no le quedaba otra opción y fueron a la pista de baile. Su hermana, de lejos, sonreía satisfecha.

Comenzó una pista movida, sentía su cuerpo incómodamente pegado al del desconocido. La humedad que sobresalía de su atuendo volvió el baile más pegajoso, asqueroso. Ella no sabía qué hacía allí, no deseaba bailar con nadie más que no fuese él, y se encontraba al ritmo de un completo extraño.

Mientras se movían ella miraba a su alrededor, veía cruzar sus etapas pasadas, las ya muertas. No lograba convenirse a sí misma. Él ya no está, su ausencia es inminente, debía recordárselo, hasta que vio el níveo rostro que tanto añoraba... frente al suyo. Pero no, no lo era. Era sólo un individuo que la invitó a danzar. Y volvió a ver *su* cara en la del bailarín... Lanzó un grito lleno de pánico. El hombre la soltó y otras parejas detuvieron su paso. Se cumplió su deseo: ¡Veía a su adorado en todos los rostros, pero no existía en ninguno, causándole un inmenso horror! Tras llegar a una decisión, corrió. Huyó de ese festejo lleno de gente falsa, disfrazada, no aguantaba convivir entre ellos. Escuchó que la hermana gritó su nombre, pero lo sentía desconocido, como si ya no le perteneciera.

Llegó. Se quitó los zapatos para sentirse viva sobre la arena, mientras ésta se metía entre los dedos de sus pies. Parecía percibirla. El fuerte bufido del viento provocó el ru-

gir del oleaje. Una ola chocó con fuerza contra los peñascos y allí lo volvió a ver, azulino y líquido, mientras abría sus brazos en invitación a acudir hacia él. Ella no podía desistir. ¿Cómo desaprovechar tal oportunidad de nuevo?

Las afiladas rocas le lastimaban los pies descalzos mientras, fascinada, corría a su reencuentro. Su amado se alejaba arrastrado por el mar que se interponía entre ellos, provocando el esfuerzo de ella por seguir adelante. Una ola le hizo tragar agua al sumergirse dentro. Se encontraba cada vez más cerca de él, al fin.

No podía superar más tiempo así, era ridículo... Después, dejó de nadar. Sintió que unos brazos acuosos la envolvían, mientras la arrastraban mar adentro. Al hallar esa presencia segura que tanto anhelaba, al fin se encontró tranquila.

Relato presentado en el Taller de Narrativa impartido por el Dr. Marco Aurelio Larios, Premio Nacional Juan Rulfo para Primera Novela 1998, por la obra *El cangrejo de Beethoven*.

Verónica Fragoso Irineo. (Phoenix, Arizona, EE.UU; 1995) Criada en Caborca, Sonora, al alcanzar la mayoría de edad decidió aventurarse en tierras tapatías. Es egresada de la Licenciatura en Letras Hispánicas de la Universidad de Guadalajara. En la actualidad, labora en la biblioteca "Miguel Mathes" del Colegio de Jalisco. Textos suyos han sido publicados en Sheikav, Dossier Político, suplemento cultural "La Jirafa" del Diario Regional de Zapotlán, Letralia, Liberoamérica y en Noticias de Caborca.

El amor ocurre desde lejos

Miguel Bejarano

Hacíamos el amor con una cadencia abismal. Ella se dejaba llevar por un ritmo etéreo, mientras yo me perdía entre sus fluidos inagotables de su vagina izquierda durante los primeros minutos, desembocando, quién sabe si en tiempo justo, en su vagina derecha. Su beso sustraía de mí un amor inefable, con su lengua (la de besar) podía recorrer todo mi cuerpo sin apartar nuestras miradas un instante, entonces nos amábamos incondicionalmente con miradas y salivas. Éramos —o así lo creí— los amantes perfectos. Amantes en un tiempo preciso, en un universo paralelo de prejuicios existenciales quebrantados por la ley de una atracción mutua.

Quisiera no redundar en lo de su llegada, pero sí quiero aclarar que las cosas no ocurren como en las películas o como lo suponen los doctos en el tema; no. Olivera llegó a mi vida quizá no de la forma más ortodoxa, humanamente hablando. Tampoco conocí a Olivera en un café de *hipster* en Chapultepec, ni nos topamos en la librería de viejo buscando tebeos de súperhéroes perennes de otros tiempos. Olivera llegó a mí como llega todo: cuando tuvo que llegar, sin música de fondo.

Vivíamos encantados uno del otro. Ella se obsesionaba con mis formas primitivas, mientras yo me asombraba de sus ágiles reacciones físicas y mentales. Me gustaba su rostro agudo, eléctrico. Nos fascinábamos en polémicas existencialistas y acabábamos en un enredo de planetas y galaxias. Un sábado cualquiera nos encerramos el día completo en

casa y agotamos maratónicamente la saga de *Star Wars*. No entendió mucho, o entendía demasiado sobre todo aquello. Desmitificó. Según sus percepciones, cualquier guerra es imparcial aquí y en cualquier galaxia lejana, así que *El Lado Oscuro* bien se podía ir al carajo junto con los niños que dicen enseñorearse con *La Fuerza*.

Simplemente aprendía a amarle como cuando un niño aprende a silbar. No quería dejar más de amarla, y la amaba. La observaba con esa mirada que no ocurre hasta que se ama. La estrujaba con la rabia que sólo los amantes irreverentes estrujan para no morir en el olvido y nos éramos el uno para el otro sin importar sus dos lenguas (la de comer y la de besar) y la mía tan humana, sin importar sus fluidos desbordados y mi mortal sexualidad. Nos fuimos convirtiendo en ese tipo de pareja que a la gente le gusta mirar de reojo para murmurar sus juicios entre dientes: *¿De cuándo a acá?; Habrase visto eso.*

Olivera fue adaptándose a nuestras costumbres: dejó de caminar a cien kilómetros por hora; aprendió a comer embutidos y tacos sin vomitar; bebía un par de copas con la vecina sin sacar a tema su árbol genealógico de Natim y sus unidades de transporte; a Dominó, nuestro tercer perro, no lo desintegró como a los anteriores con aquel artefacto láser que guardaba en su neceser robótico; inclusive logró aprender a dormir más de tres o cuatro horas, o por lo menos disimulaba un ronquido casi humano. Pero nunca logró comer un helado.

Su piel, una especie de látex lubricado, ahuyentó en un principio mis deseos táctiles, pero su cuerpo era inevitable. La conocí durante la última noche de huelga universitaria, mientras hacía mis rondas solitarias por los alrededores. Era hora de un buen *churro*. La encontré encogida en una de las bancas de la cooperativa:

—¡Madre mía, qué pinche marihuana compró el puto del Tadeo! —solté con una voz torpe sin apartar la vista de aquella resina de formas suculentas para caballeros.

Ella (o eso) dijo algo sobre un destierro interplanetario; algo con respecto a no sé qué, de interpolación socio-político-galácticas, un sinsentido, pero el desconcierto, el susto y mi ignorancia, valieron la pena. La chica, o lo que fuera, lo valía. Le calé al *churro* hasta quemarme primero los dedos y después los labios. Tadeo, mi compañero de tienda, quedó impactado por la belleza de Olivera. No podía creer que un carroñero drogadicto como yo, llegara de pronto en una puta noche de huelga caprichosa, con una mujer de esas circunstancias estrambóticas. Olivera, supe entonces, no era producto de los efectos de la yerba.

La migración de Unatis a nuestra Tierra llegó a carecer de novedad desde que los gobiernos acordaron con Natim, nación extraterrestre por excelencia, un tratado de asilo político a sus exiliados, a cambio de cantidades proporcionales de agua según la población de cada país. Los gobiernos Unatis tenían agua, mucha agua. Acá ya escaseaba. Los Unatis habitaban la Tierra sin ir más allá de un contacto sistemático con los humanos. Lo mío con Olivera fue más allá. Recién acababa mis estudios en Letras Hispanoamericanas, pero para entonces yo ya tenía un empleo como maestro de Español en una de las preparatorias estatales, así que pude costearme mi propio departamento, adonde llevé a vivir a Olivera. Le enseñé cómo se hacía el amor en este planeta. Durante el acto se comportó del todo indiferente; en su garganta se manifestaron algunos gemidos que en nada asocié al placer. Con el tiempo aprendió posturas y trucos sexuales que sólo lograba con sus habilidades fuera de este mundo y

logró parafrasear a la perfección el guión y las onomatopeyas de cientos de estrellas porno. Sus senos cambiaban de color en cada orgasmo. Las sábanas de nuestra cama acababan convertidas en lagunas, sus fluidos emulaban tal explosión volcánica que recorría piernas, glúteos, vaginas, puntos circunvecinos.

El Haché, una especie de globos gelatinosos que se disolvían al tacto con su lengua (la de comer) alimentaban y lubricaban su piel, pero se había agotado en un momento dado. Le sugerí cremas de belleza de supermercado y dieron resultado, salvo que necesitaba una cantidad infinita de frascos para mantener su piel al punto, así que buscamos la manera de sustituir de la mejor manera a ese compuesto extraño. Mezclábamos aceite automotriz, yema de huevo, látex diluido en crema y fruta batida en leche. Rellenábamos globos que comprábamos en la dulcería de la esquina y allá iban, a su lengua. El invento se absorbía en su cuerpo sin el menor dolor y de una forma rápida y fluida, lo cual logró mantener a salvo la textura de la piel de Olivera y mi sueldo menos raquítrico. El invento tampoco sería una solución efectiva a largo plazo. Los Unatis necesitaban del Haché.

Aprendió la lectura y adquirió el hábito. Devoró a García Márquez, a Cortázar, a Rulfo, incluso algo de poesía, cosa que no acabó de entender del todo, aunque repetía puerilmente: ¿Por qué no soy yo tu cuerpo sobre mi cuerpo desnudo...? de Nandino. Le gustaba encender la radio por las mañanas y observarme mientras me fumaba mi *churro* antes de ir a meterme a la jaula donde cuarenta pubertos me esperaban con toda la indiferencia que tenían para mi clase ese y todos los días.

Olivera se complacía escudriñando mis actos, le hacía gracia que bailara cuando el locutor programaba alguna

cumbia, la invitaba a unirse al ritual de danzas populares y Olivera giraba y giraba, un torbellino, las cortinas de la habitación ondeaban por el efecto abanico de su danza y Dominó ladraba atónito por aquellos malabares sobrehumanos. Eran días felices, Olivera se esmeraba en lo nuestro, incluso aprendió a cocinar unos huevos con machaca que nada le pedían a la mejor ama de casa de la Tierra, los bañaba en una salsa roja y los servía con una delicadeza incommensurable. El amor estaba ahí, cocinándose también.

Una noche de romper rutinas nos fuimos a tomar algo por ahí, la Wendlandt era un buen lugar y ahí entramos. El pleito inició cuando uno de los tipos de la mesa contigua llamó a Olivera *La Miss Alien Sexy Recargada*. Sin pensarlo me fui sobré el hablador y le acomodé mi puño en dos ocasiones sobre su quijada, el bocón se desplomó y antes de que le colocara un puntapié en las costillas la horda de pelafustanes de sus amigos ya me tenían amagado. Olivera no asimiló de momento la situación, pero cuando uno de ellos me desinfló la panza con su rodilla, ella tomó a cada uno por sus tobillos como si fuesen un manojo de lenguados recién pescados y los depositó en las hieleras de detrás de la barra. Cuando me recuperaba de mi asfixia, Olivera me llevaba en hombros rumbo a casa.

En la Tierra las cosas suelen ser tan complejas hasta para quienes la hemos habitado desde siempre.

Hoy hablar de Olivera no es sencillo, me duele, y la nostalgia me es infinita. Tadeo me lo advirtió:

—No es sano que te enamores de una Unati, esa raza son como los gitanos —decía con su imitación vocal de gurú arruinado.

Pero cómo no iba a enamorarme, o quién podría advertir

del amor con ellos si jamás humano alguno lo había intentado. Si bien yo no era de los que veía a los Unatis con ojos de apestados, tampoco me interesaba mucho en ellos. La mecánica era sencilla: Humanos acá. Unatis en lo suyo.

Del agua se hablaba poco o casi nada, o más bien a medias tintas, como siempre. Los políticos pregonaban su discurso maquillado, mientras los tratados resultaban en cualquier cosa menos en soluciones prácticas: el agua seguía faltando acá.

En una de las fotografías del último informe, el presidente aparecía asiendo el antebrazo derecho y saludando sonriente a un Unati. Se popularizaba la premisa: Un Unati en la Tierra es un Unati Libre. Se declaraba entonces la relación oficial entre lo que representaba cada quien.

En Rusia se llevó acabo la primera boda entre una Unati y un humano y dadas las circunstancias sexo-reproductivas de los contrayentes, buscaron adoptar un hijo, siendo ésta la causa de su repentino divorcio, la esposa deseaba una Unati bebé y el marido quería un pequeño varón humano que bebiera vodka en cantidades industriales. En Japón se habló de un prostíbulo interracial. Los hombres fueron haciendo a un lado los tabús y se entregaron al doble placer que ofrecían las chicas Unatis. En Francia hubo una marcha de Unatis protestando por la libertad de algo. En México una banda de secuestradores Unatis, hartos de los placebos cutáneos, pedían un cargamento de Haché directo de Natim a cambio de la libertad de un grupo de jornaleros. El gobierno mexicano acudió con el embajador de Estados Unidos en México para que éste a su vez diera aviso al primer mandatario de su nación, quién poseía las concesiones comerciales con dicho planeta; la situación se salió de control y varios jornaleros fueron encontrados días después, desintegrados,

uno de ellos, al parecer un tipo con poder sindical, salvó el pellejo y huyó con uno de sus secuestradores víctima del Síndrome de Estocolmo (se hablaba de que ninguno de los secuestradores era un Unati hembra). El resto de la banda de raptos se ocultó en las montañas del sureste donde, se dice, fraguaban una insurrección de paz para acabar con la desigualdad de especies.

Olivera sintió un repentino temor por el futuro. Le consolé con eso de que no había mucho que temer, que las cosas en la Tierra son así; no es que realmente esto sea un desastre, es sólo que acá nunca acabamos de entendernos entre nosotros y, quizás, las cosas ahora sean menos proclives a la comprensión de ambas especies por las propias naturalezas tan distintas. *Pero todo irá bien, amor...*

Olivera y yo llegamos a ser casi una mala imitación de Yoko y Lennon. Queríamos demostrarle a nuestro mundo, el cual no se extendía más allá del vecindario y el aula en mis horas de Español, que *todo lo que necesitábamos era amor*. Andábamos las calles con un paso firme y seguro de dos que aún se inventan revoluciones románticas de trogloditas. Olivera, con muecas disfrazadas como las que se inventaba cuando intentaba comer un helado, hacía notar su preocupación por lo que ocurría, entonces la estrujaba con la rabia esa que ya he dicho antes, le tomaba la mano y nos íbamos por ahí en busca de un helado, pero Olivera no sabía qué hacer con él y éste acababa derretido en su mano. Me excitaba viendo cómo lo limpiaba con su lengua de besar y engullía el cono sin masticar. Nunca logró comer un helado. Nunca dejó de resultarme exquisito observarla en esa situación.

Mientras, la vida continuaba.

En los diarios se hablaba de un asesino serial, sus vícti-

mas: Unatis. Se especulaban nombres como Joel, Noel o Váleri. Los asesinatos ocurrían en la costa Este de los Estados Unidos. Las reacciones no se hicieron esperar. Un séquito de Unidades llegó a la tierra, se convocó a reunión extraoficial a los gobiernos, la consigna era simple: O se localizaba al asesino o se rompían las relaciones en un plazo de cuarenta y ocho horas. Olivera se enjugó una lágrima al enterarse de la noticia y a mí se me paralizó el alma.

Los Unatis insurrectos de las montañas llegaron en caravana a la Capital; en Francia tomaron La Bastilla; en Japón clausuraron los burdeles y se dio orden de catear hogares para evitar concubinatos alien-humanos. Olivera no conocía el llanto pero lo imitó dignamente esa tarde. Supuso que aquello era otra reacción natural al dolor. Un llanto espeso escurrió de sus pupilas y me sonrió, me sonrió con esos labios finos de mujer fatal, de adolescente precoz y no pude hacer más que responder a su sonrisa con otra sonrisa, aguantando mi propio llanto que no tardó en explotar. La escena era insoportablemente melancólica. Ahora sé que el llanto mezclado con sonrisas es el llanto más triste...

La situación política estaba fracturada, el tráfico de agua había convertido a los Estados del Norte en un desierto apocalíptico, la migración era desordenada y en las grandes ciudades los Unatis acaparaban el mercado.

El asesino había sido capturado sin vida, pero los asesinatos no mermaron. Las víctimas eran destazadas. La inconformidad por las resoluciones de ambas situaciones (la del agua y la de los asesinatos) declinaron en eternas marchas pacíficas que acababan en disturbios incontenibles. Las clases en las escuelas habían sido suspendidas, por lo que me quedé sin ingresos; para entonces ya también Olivera había

desaparecido. Un día simplemente se fue y Tadeo quedó hecho un héroe de las predicciones.

Crisis, hambre y una guerra inminente amenazaban al planeta. A principios de 1998 se firmó el Tratado Water-Peace. Las Unidades plagarón los países y la burocracia Unati no se hizo esperar para hacerse cargo de las diferentes dependencias gubernamentales. Desde la residencia presidencial, en Los Ahuehuetes, el primer mandatario apenas y servía como mediador entre los Unatis y servidores públicos despojados. Los gobernadores entregaron sus cargos a cambio de una vida digna para ellos y sus familiares; en los ayuntamientos municipales la gente se reunía para recibir cierta porción de agua en base al número de niños que viviesen en casa...

Para finales de ese año todo se había normalizado, por no decir que nuestras vidas habían sido trastocadas. El índice de mortandad había descendido en un buen porcentaje. Las escuelas volvieron a impartir clases y los trámites bursátiles se hacían directamente en sucursales bancarias Unatis. Sí, la Tierra había sido invadida sin siquiera hacer estallar el Capitolio o La Casa Blanca. Nada había ocurrido como en las películas tampoco.

El nuevo Secretario de Educación, un Unati, convocó a maestros de todas las dependencias. Se impartirían obligatoriamente las materias de *Historia Natural de Natim*, *Introducción a la Producción y Literatura Novoestelar* y un *Taller Ultrasónico de Infraestructuras Galácticas en la Tierra*. Un curso intensivo de tres meses, un examen global que corroborara la capacidad pedagógica del interesado y listo, contratado. No había Unati que quisiera ejercer la pedagogía. Mi calificación fue muy satisfactoria gracias a mis días con Olivera. Tenía trabajo de nuevo.

No la he dejado de extrañar. He pensado ir a buscarla, pero no tengo ni la más remota idea de dónde fue a meterse. Olivera me duele. Duele como cuando los nervios hacen mella en el estómago y todo se vuelve un ácido que sube y baja por la tráquea quemando todo al paso.

Enciendo el *churro* y el televisor y sintonizo el canal de noticias. El corresponsal dice a la cámara que el E. U. L. R., como se autonombraron los insurrectos de las montañas, ofrecían un comunicado desde su cuartel selvático. Dominó se acurruca en una de las esquinas de la habitación. En la pantalla un Unati encapuchado habla de libertad y políticas incluyentes, abolición de la Producción Mecánica y una repartición justa de Haché para los Unatis fundadores de este nuevo régimen. No creí mucho en su perorata, más bien percibí intereses personales en todo aquello. El régimen ya había hecho su voluntad desde los primeros años y no se iba a dejar amedrentar por un Unati encapuchado.

—Que se joda. —pensé.

—Yo sigo aquí con la misma miseria humana de antes y de hoy. Que se chinguen por cabrones. La toma en el televisor se abrió y el encapuchado dijo algo de la unión y la familia.

—Pero qué mierda podían saber esos Unatis de unión y de familia —dije, exhalando una buena bocanada de humo. En el recuadro, al lado izquierdo de la pantalla, apareció, con gesto petrificado y mirada agotada, Olivera. Envuelta en unos harapos que la hacían ver mayor, incluso vieja. Dominó aulló apenas y se cubrió los ojos con sus patas delanteras. La mano izquierda de Olivera se aferraba a la mano del encapuchado, mientras con su brazo derecho cargaba a un niño de delicada y humectada piel de látex. El encapuchado dejó escapar el humo que había inhalado antes de una *Butz*

Choquim que ocultó el *close up* durante el discurso. Mientras el reportero despedía el enlace, en la escena, a sus espaldas, se podía apreciar cómo el niño de fino látex lamía un helado con una agilidad sublime... Me enjuagué y sonreí.

Miguel Bejarano (H. Caborca, Sonora, 1979) Bebedor farabute y ordinario de cerveza en promoción, colaboró en las revistas *Vereda* y *Abrapalabra*. Sus cuentos han sido publicados en las antologías literarias *Colectivo Letra & Música "Abrapalabra"* (3 Guayabas Cartonera, 2014); y *El Naufragio del Nigromante* (Aquelarre Editoras, 2015) así como en la revista literaria *Aeroletras* de la Universidad Autónoma de Querétaro y en el portal *MamboRock/Periodismo y Literatura*, de Hermosillo, Sonora.

A tientas

Tania Yareli Rocha Hernández

Mi rostro ovalado estaba enmarcado por una larga melena color azabache y mis pequeños ojos rasgados estaban vacíos, como un frío acantilado sumido en la oscuridad mortuoria; y aunque era mi cuello el que estaba marcado por sus manos duras e hirientes, era mi alma la que se sentía estrangulada.

—Lydia, no puedes seguir tolerando esto, ven a vivir conmigo, yo te ayudaré —me alentaba mi amiga para huir de todo aquello.

Damián a veces llegaba ebrio. Me despertaba en la madrugada y buscaba alguna excusa absurda para discutir. Ni siquiera sabía por qué trataba de hacerle entender mi sufrimiento, si él siempre tenía la razón, o al menos así era en su retorcido mundo, aquel en el que yo permanecía prisionera.

Era irascible y violento, tanto, que ya casi me olvidaba de los buenos tiempos, cuando juraba que me amaba y me lo demostraba.

Mientras maquillaba los moretones, aquel fétido olor me atosigaba como insecto molesto. Salí a la sala y como suponía, Damián estaba sentado, mirando las noticias fumando un cigarrillo.

—¿Podrías irte a fumar afuera? Esto no es una cantina.

Apagó el tabaco en el cenicero de cristal y se levantó, haciéndome sentir pequeña e indefensa. Era un hombre alto y fornido, de barbilla pronunciada y de mirada aguda.

—¡A diferencia de ti, yo trabajo todos los días! ¡Tengo derecho a relajarme! ¡Tú no haces más que molestar! ¡Eres una neurótica, igual que tu madre!

No había nada que me enfureciera más que me llamara loca, tenía pavor de terminar en un psiquiátrico.

—¡Con mi madre no te metas! ¡El que ella tenga esquizofrenia no significa que yo también! —Tomé aire y continúe —¡Además, si soy tan inútil, dame el divorcio. Es obvio que no me necesitas!

Nunca antes había tenido el valor de decir esas palabras en voz alta. Ya habían sido tres años de maltrato y no pensaba seguirlo soportando.

Esperaba un sí o un no por respuesta, no obstante, ninguno de esos vocablos monosílabos salió de su boca. Fue un puñetazo el que sentí en el vientre. Me jaló de los cabellos y me rompió los labios que tantas veces antes se esmeraba en besar.

Tenía tanto miedo que no podía gritar, ni llorar. Intentaba zafarme, huir y convencerme de que no volvería a sentir ese horrible dolor que me carcomía la piel.

Me puso contra la pared y empezó a estrellar mi cabeza una y otra vez contra la fría superficie. Perdí el equilibrio y mi vista se nubló. Lo último que vi fue su cara, su maldita cara...

Fui con incontables especialistas y todos opinaron lo mismo; daño irreparable en el nervio óptico.

Con el apoyo de mi familia había obtenido el divorcio y una orden de restricción que Damián no vacilaba en romper cada vez que se le presentaba la oportunidad. Deseaba haberlo abandonado antes, cuando aún podía ver, pero sabía que el hecho de desearlo no cambiaría nada. El hubiera no existe. No era característico de mí dejarme caer y lamentarme por las circunstancias... y no empezaría en ese momento.

De alguna forma tenía que superar esa sensación de extrañeza y ansiedad que me revolvió el estómago cuando caminaba por ahí, en esa nueva e interminable oscuridad.

Como Damián no dejaba de acosarme, decidí mudarme a la capital, donde mi hermano Javier trabaja de doctor en el Hospital General, viví con él por un tiempo hasta que conseguí un trabajo de masajista en un spa. Tiempo atrás me había dedicado a ello, pero tuve que dejarlo por imposición de aquel animal.

Javier había insistido en que me quedara.

—Lydia, tengo mucho espacio, soy un soltero sin remedio. Además, me gusta tu compañía.

Aunque no había parado de repetirlo, me mantuve firme y me fui a rentar un departamento cerca de mi trabajo. Después de tantos años bajo la sombra de Damián, una parte de mí buscaba sentirse independiente.

Mi nuevo departamento era pequeño. Mi hermano me había ayudado a acomodar los muebles y, luego de tan sólo una semana, sabía de memoria dónde estaba cada objeto. Al entrar, del lado derecho había un perchero de madera que me llegaba a la altura de la cabeza, a su lado un sofá y enfrente dos sillones aterciopelados. Del lado izquierdo de la entrada había un pasillo a cuya mitad estaba la puerta de mi habitación. Tenía una pequeña cama individual, un ropero y una lámpara encima. La recámara tenía un baño y un pequeño balcón con puerta corre-diza. Si seguías derecho por el pasillo estaba la cocina. Tenía una delgada barra con bancos altos, el mueble de los trastes, una radio, el lavaplatos y una estufa vieja. El único detalle incómodo era que tenía que abrir el gas cada vez que cocinaba, y apagarlo cuando terminaba. Había memorizado todo con exactitud, no quería sufrir un accidente y preocupar a Javier, que suficiente tenía con su trabajo.

Una noche, mientras estaba recostada en la cama, me sentí observada. Me levanté y caminé por el pasillo hacia la

sala. Accidentalmente estrellé mi pie con la pata de un sofá. Luego me acerqué a la cocina y me golpeé contra uno de los bancos de la barra. Alguien había movido las cosas. Además olía a gas, pasé la mano rozando los quemadores de la estufa y uno estaba caliente. También olía a cigarro.

¡Damián estaba ahí! ¡No podía ser, él no sabía dónde estaba y, aunque lo supiera, no sería capaz de entrar así! ¿O sí?

Por reflejo volteé a mí alrededor, todo era negro, pero aun así escuchaba sus pasos, acercándose. Corrí a mi habitación, cerré con seguro y saqué el bastón que tenía en el clóset. Agarré mi celular y salí al balcón a encerrarme por fuera. Con el bastón en la mano, me aseguré de que estaba sola y marqué a la policía.

—Alguien se metió en mi departamento, estoy en el edificio más alto de la Plaza Central, mi número interior es el 204.

Sentía que el alma se me escapaba del cuerpo, parecía una pequeña asustadiza, escondiéndose del monstruo del armario.

La policía llegó y revisó cada rincón sin encontrar a nadie.

Desde ese día, todas las noches revisaba obsesivamente que el gas estuviera cerrado, recorría el departamento, aseguraba cada entrada, cada rincón y rociaba aromatizante para mitigar la peste a tabaco... Ni siquiera podía dormir, el insomnio y los nervios estaban acabando conmigo.

Cada mañana me despertaba el ruido de la radio, iba a apagarla y cuando pasaba por la sala me exaltaba el olor a cigarro, ni siquiera abriendo las ventanas se iba esa peste, era como si su aroma estuviera impregnado hasta los cimientos del departamento. Pasaron las semanas y la tensión se fue acumulando. Podía sentir su aliento mientras intentaba dormir. Podía sentir su fría mirada clavada en mi espalda como una estaca. A veces soñaba con él. Ya no era capaz de

distinguir la realidad dentro de aquella pesadilla.

En otra ocasión, antes de salir, con el bastón golpeé hacia el vacío. Había alguien. ¿De verdad me había seguido hasta ahí?

Cálmate, pensé, tranquilizándome por unos segundos. Aventé el bastón al aire pero este no sonó al caer. Eché un grito de desesperación. Tomé mi bolsa del sillón y salí a trabajar.

Ya no había tranquilidad en mi vida. Aquella presencia persistía, incluso cuando salía a las calles escuchaba la voz de Damián murmurando a mí alrededor, desquiciándome a cada segundo que se hacía presente.

Empecé a ir al psiquiatra y me explicó que estaba desarrollando esquizofrenia, algo normal debido a que mi madre la padecía. Me dio pastillas: Valium. Eran inútiles, seguía escuchando su voz, el ruido de la radio, el olor a tabaco, todo seguía ahí. Creía que Damián estaba haciendo todo para volverme loca, él sabía que ese era mi peor temor.

El psiquiatra me sugirió que consiguiera una mascota para que me hiciera compañía. Una tarde compré un gato y le llamé Plutón. El pobre pasaba los días pegado a mí, rasgando mi ropa y gruñendo a la invisible presencia que ambos percibíamos.

De pronto, una noche cuando desperté a apagar el gas, sentí un líquido viscoso escurriendo en mis dedos. Las piernas me temblaban. Unos pasos después me topé con una masa peluda y húmeda: Plutón. Lo toqué pero no emitió sonido alguno, estaba tieso. Enfoqué la mirada hacia la nada con la esperanza de distinguir tan siquiera una forma. Corrí a la recámara, agarré el celular de mi bolsa y me encerré en el balcón. No estaba loca, pero tenía que demostrarlo, no quería ser recordada como la desquiciada del 204.

El viento soplaba fuerte, imaginaba que las nubes se encapotaban en el cielo formando una capa uniforme y grisá-

cea. Y entonces una idea espesa se esparció por mi mente: No había apagado el gas, él lo había abierto y si por la mañana prendía su cigarrillo, no volvería a molestarme.

Aguardé en silencio, entré y busqué el aromatizante del baño para rociarlo en cada rincón del departamento, pensaba que de esa manera no percibiría el olor a gas. Si todo eran alucinaciones, nadie se haría daño. La cabeza me iba a estallar de los nervios pero tenía que continuar.

Pasé la noche despierta en el balcón y cuando la cálida luz del amanecer subió trepando por mis pies, empecé a hablar conmigo misma; tengo que entrar, esto ya es ridículo, si sigo así pasaré los últimos años de mi vida en un cuarto acolchonado, con extraños de bata blanca inyectándome antipsicóticos.

Toqué la puerta corrediza con la yema de los dedos y escuché un ruido expandiéndose y crujiendo. Me di la vuelta y me tapé los oídos. La explosión cubrió de llamas el departamento.

Llamé a los bomberos.

El humo salía por debajo de la puerta sofocándome. En ese momento creía que iba a morir, el fuego avanzaba rápido y las sirenas se escuchaban demasiado lejos... Las llamas se extendían hacia el balcón, mis pulmones se llenaban de humo, el correr del tiempo era impreciso cuando, de repente, un hombre subió por una escalera metálica y me salvó.

Ese día comprobé que tenía razón: Encontraron un cuerpo en el departamento, Damián. Él siempre estuvo ahí, burlándose, haciéndome sentir temerosa, angustiada, al límite de mis sentidos.

Jamás dejaría que alguien me hiciera sentir frágil de nuevo. Aunque dolía aceptarlo, todo había sido mi culpa desde el principio, desde el noviazgo había tomado sus agresiones como juegos, como simples errores que no se volverían a

repetir, sólo porque él así lo prometía. Sólo porque lo amaba.
Yo le creí, aun cuando me lastimaba continuamente.

Él era un monstruo, siempre lo había sido.

Tania Yareli Rocha Hernández. (H. Caborca, Son. 1992) Ingeniero en Minas. Escritora co-ganadora del Certamen Literario de Ediciones Ilusión, 2014. Ha publicado relatos en el portal Mambo Rock Periodismo y Literatura. Su novela *Ámbar. Morir por ser Perfecta*, ganó la convocatoria del Programa Editorial de Sonora 2017 para ser publicada dentro de la colección. Participó en las antologías “Sueños, Cuentos y Cantos” y “Escribe, Escribano”, Memorias Literarias de los Talleres de Lectura y Escritura Creativa de “Mis Vacaciones en la Biblioteca” en sus ediciones 2016 y 2017 en la Ciudad de Caborca, Sonora. Tiene varios libros inéditos.

La noche del Mapache

Ricardo Félix

Llevaba apenas unas horas cabalgando, una gélida brisa le acariciaba los pómulos como si una capa de hielo bajara del cielo para cubrirle la cara. Sentía respirar al caballo entre las corvas, las manos tías aferradas a la rienda como si fuesen una extensión del animal. En plena madrugada Rodrigo "Mapache" Triguerras cabalgaba las empinadas veredas de la Sierra de Durango. Le decían mapache porque de chico tragaba de todo lo que le pusieran enfrente, así fueran ranas, grillos o lagartijas, estaba acostumbrado a sacarle provecho a la fauna de su tierra. De cualquier manera, a él nunca le molestó el apodo.

Iba rumbo a La Cieneguilla a la boda de su hija Leticia, la mayor, le había prometido entregarla en el altar apenas cuando era una púber. De no ser por eso tal vez ni iría, no le gustaban las fiestas, los funerales ni las bodas, especialmente no le gustaban las bodas. Pero se trataba de Leticia, su hija, la mayor, tal vez por eso se decidió a cabalgar, porque cuando era apenas una púber se lo había prometido. Mientras avanzaba con ayuda de los (primeros) últimos centelleos de la luna, en busca de un lugar para acampar, creyó observar un tenue destello en el horizonte. No había poblados por aquellos lares, había hecho ese recorrido cientos de veces y no recordaba alguna ranchería o asentamiento por el rumbo.

Tal vez se trataba de algún efecto de los rayos de la luna a la distancia o algún fulgor provocado por el derrame de minerales, pero entre más se apagaba la luz del cielo más apercibía la brillantez de la tierra. El Mapache se detuvo unos

segundos, su caballo protestó de cansancio, titubeaba entre seguir su camino o desviarse para saciar la curiosidad. Su hija Leticia estaba entre sus piensos, no se le olvidaba la vez que la quiso casar con Zacarías el dueño de la farmacia. Es verdad que le doblaba la edad, que le faltaba algo de pelo y le sobraba algo de panza, pero por lo demás era un hombre derecho y trabajador, un buen partido que hubiera hecho feliz a cualquier muchacha. Pero su hija mayor era algo especial y no le gustaba que le impusieran otras voluntades que no fuesen las de ella. Tal vez por eso huyó despavorida rumbo a la sierra, a esconderse entre los matorrales como un animal lamiéndose las heridas. Apareció hasta la siguiente mañana en casa de su abuela, no quiso regresar a la casa de su padre y este no quería que regresara si no estaba dispuesta a cumplir su santa voluntad.

El rumor de unas piedras cayendo sobre la falda de un cerro lo pusieron de nuevo en estado de alerta, no había vestigios de grandes predadores alrededor pero el viento comenzaba a arreciar y el frío le calaba los huesos. Las tripas comenzaban a sonarle y la carne seca que había traído para el trayecto le sabía un tanto amarga. Tal vez por eso decidió, impulsado como por un alambre, a encaminarse rumbo al destello aquel: Total, sólo se desviaría unos cuantos kilómetros de la ruta original y, así, con suerte podría comer algo y dormir hasta el amanecer dejando descansar a su caballo.

Avanzaba a un ritmo lento al no quedar más luces que las de la lejanía y el tenue blancuzco de la arena de la sierra que era capaz de divisar apenas a unos cuantos metros. Echó algunas miradas hacia atrás pues tuvo la sensación de que algo lo acechaba. Los labios resecos y los mocos congelados, se mantuvo a un trote discreto, con el hambre la barriga se le

comprimía como las cuerdas de una guitarra al ser afinada. Si pudiera llevar un plato caliente de frijoles con sus tortillitas y su requesón como el que su esposa le había servido días atrás. Le gustaba que el queso se le quedara entre las muelas para saborearlo, el chile rojo disuelto en el caldo, ya salivaba con el puro recuerdo. Venía apenas saboreándose cuando le dieron ganas de mear, detuvo el caballo en medio del monte, se bajó con cuidado y ató al animal en el tronco de un árbol. Mientras exhalaba, el aliento y los orines se vaporizaban con el frío. Estaba a punto de desahogar el último chorro cuando escuchó un sonido familiar, el cascabel de una serpiente siendo agitado en señal de advertencia. No puso mucha atención al ruido del réptil, tan sólo se apartó del lugar para retomar su camino. La serpiente le recordó a su hija una vez más, a quien desde pequeña le daba por salir de cacería con su papá.

Rodrigo no tuvo hijos varones, por lo que en ciertos aspectos crió a Leticia de manera un tanto masculina. Le enseñó como orientarse en esas tierras hostiles, a buscar agua, a cazar animales, pero eso sí, siempre y cuando fuese necesario, porque a él no le gustaba cazar por trofeos ni por obtener la musa, sólo por necesidad. En una ocasión le ayudó a acorralar a una serpiente de cascabel, a la niña le atraía el sonido que emitía el animal y decidió adoptarla como mascota. Rodrigo le enseñó a extraerle el veneno periódicamente por si acaso el animal la atacaba.

—¿Las víboras son malas, apá? —Rodrigo tosió, aclarándose la garganta después de una larga pausa.

—No son buenas ni malas, se defienden nomás.

—¿Entonces por qué dice el padre Nacho que fue una víbora la que hizo pecar a Adán y Eva?

—Porque el padre Nacho no se crió en el monte, hija.

El vago destello iba aclarándose a medida que el jinete avanzaba, aunque no le servía de mucho pues continuaba cabalgando a trote lento en la penumbra. En medio del hambre y el frío, el sueño comenzó a acomodársele hasta hacerlo cabecear mientras se aferraba a las riendas del caballo. La religión fue uno de los factores que lo alejó de su primera esposa, nunca concordó con las maneras de practicar sus creencias. No se podía decir ateo porque rezaba muy de vez en cuando, pero no era lo que se dice “un buen católico”. Le echaba de la madre al cura cuando su mujer le pedía dinero para colaborar con las obras de beneficencia.

—¡Viejo jijo de su chingada madre! A trabajar se debería de poner el muy ladino.

—Sí trabaja, es un siervo de Dios.

—¡Pos entonces que Dios le dé de tragar al viejo panzón!

Acto seguido, su esposa comenzaba a sollozar y para contentarla él tenía que ceder. Para llevar la fiesta en paz decidió no compartir más sus piensos sobre religión con la familia. Sí creía en dios; en lo que no creía era que tuviera que rendir tributo a los clérigos.

Un domingo de invierno por la mañana llegó a preguntar por él una monjita, su mujer se sorprendió de que mantuviera contacto con la gente de la iglesia pero se alegró de que tuviera con quién hablar “las cosas de la fe”. Era un cabeza dura que no tenía con quién desahogarse y ella nomás no le encontraba el lado. Rodrigo se puso algo nervioso cuando vio a la religiosa visitando su casa pero si ya había llegado hasta ahí y él estaba también dispuesto, de nada valía echarse para atrás. Le pidió a su familia amablemente que no los molestaran, irían a hablar a la bodeguita del establo para

que no los interrumpieran. Pasados los minutos, la mujer envió a su hija Leticia con café, una canasta de requesón y tortillas recién hechas para que degustaran su esposo y la religiosa visitante. Al llegar a la bodega, la niña vio como su padre desnudo montaba a la monjita, que también sin ropa yacía en sus cuatro extremidades meneándose rítmicamente de atrás para delante. En aquel tiempo, el burdel del pueblo se había metido en problemas no tanto con la iglesia sino con una banda de salteadores y bandidos de los alrededores; para tratar de pasar inadvertidas, algunas de las prostitutas viajaban disfrazadas de religiosas, era el caso de Bernarda, una de las recién llegadas. Rodrigo regañó a su hija por desobedecer sus órdenes, la tundió a nalgadas hasta hacer enrojecer sus posaderas.

El Mapache zarandéo la cabeza para tratar de sacudirse de la mente los recuerdos, el sueño, el frío... el hambre. Se le entrecerraban los ojos como reflejo del agotamiento, si no fuera por los aullidos de los coyotes en los alrededores se hubiera quedado dormido sobre su caballo. Se hallaba muy cerca del fulgor avistado, el anhelo de poder encontrar un plato calentito de frijoles, o un catre, le daban algo de fuerzas para continuar.

De vez en cuando el peso de la cabeza se le iba para abajo, como vencido por el sueño. En uno de esos cabeceos soñó que entraba a las puertas del altar, su hija Leticia se hallaba sola en el fondo de la iglesia con su traje de novia. Trató de avanzar hacia ella pero no lo consiguió; a medida que caminaba hacia su hija la distancia se le iba alargando. Trató de mirar su cara para reconocer sus rasgos a lo lejos pero su larga cabellera le caía en el pecho como si tuviese la cabeza volteada. La imagen le perturbó por un instante, por lo que cayó de rodillas en el pasillo del templo. Intentaba gatear

hasta la parte frontal del altar, mas comenzó a observar a algunas serpientes deslizarse a su alrededor como si estuviera atrapado en un nido. La imagen de su hija con el vestido de novia y el cabello largo y hacia el frente mientras flotaba lentamente hacia él, le hizo apartar la mirada... al sentir el calor de su cuerpo contempló sus blancos muslos, se quedó boquiabierto avistando aquellas piernas regordetas e intentó tocarlas, entonces creyó identificar el ligero del traje de la novia. Armándose de valor para subir la vista y descubrir el rostro de su hija, sintió una especie de alivio al identificar el rostro de Bernarda, la prostituta disfrazada de monja, quien se burlaba de él con una sonrisa maliciosa.

El Mapache se aferró a las piernas de la mujer como pidiéndole perdón, no sabía por qué, volvió su mirada a los muslos dando un pequeño mordisco con sabor a requesón.

La inesperada sacudida de su caballo le interrumpió el sueño, logró entreabrir los ojos para cobrar conciencia del lugar donde se hallaba. Observó el lomo de animales desplazándose de un lado a otro, eran como diminutos cerdos que parecían bailar entre las patas del caballo. Se encontraba ya dentro del umbral de la luz que le había guiado hasta ahí. Al parecer había una especie de kermesse o feria en el lugar, juzgando por la cantidad de personas que deambulaban por las calles. A Rodrigo le pareció un poco extraño tanto alboroto en aquellas horas de la madrugada, pero le sirvió para quitarse el sueño. Las calles estaban formadas por veredas onduladas con empedrados uniformes. Niños pequeños pasaban correteando detrás de un gato. Antorchas y lámparas de petróleo alumbraban algunas de las casas pero no parecían ser suficientes para explicar el sobresaliente destello del pueblo. El caballo daba pasos lentos como para dejar al

jinete admirar la escenografía, al parecer entre las piedras de las calles y las fachadas, se utilizó pirita, cuarzo o zinc para adornar y retocar. Rodrigo admiraba turulato los múltiples diseños y formas: enredaderas que daban vueltas a las paredes, figuras en forma de aves preciosas, siluetas humanas, estructuras cuneiformes. Muy en el fondo se advertía una música alegre y melodiosa tan tenue que había que concentrarse profundamente en ella para percibirla. El bullicio de las conversaciones entreveradas, el chocar de algunos recipientes, ladridos de perros, gritos de borrachos y niños se imponían sobre la armonía.

Al bajar un poco la vista como distraído por sus pensamientos, El Mapache se percató de largas filas de gente hacia las mesas adornadas con manteles que lucían elegantes bordados, iguales de brillantes que las fachadas de las viviendas. Sobre las mesas, rodeadas por las señoras y sus hijas, se acomodaban todo tipo de platillos típicos de la región: caldillo duranguense preparado con chile pasado, cócono asado, gallina borracha, pollo en limón, venado asado con salsa de tomate escurriendo por el costado, entomatadas en cacahuete rellenas de queso, chipotles con piloncillo y sopa seca de cebollitas. Para el postre todo tipo de frutas y derivados: cajeta de membrillo, nieve de higo con almendras, dulce de chabacano, manzana, tejocote, jamoncillo de leche y nuez y torrijas con miel de magüey. Para beber: pinole disuelto en leche o agua, jugo de papaya, licor de durazno y mezcal. El Mapache no había advertido la deliciosa mezcla de aromas que ahora se le incrustaban de manera espontánea por los orificios de la nariz en forma de vapor. Estaba a punto de bajar de su caballo a saciar su apetito cuando se percató de un detalle que le erizó los vellos: ¡Nadie parecía advertir su

presencia en el pueblo!

No parecía inusual que en las fiestas populares de la región los foráneos entraran y salieran de los pueblos pasando prácticamente desapercibidos, pero Rodrigo se sentía como una sombra intrusa que atravesaba una cascada de luminiscencia. Comenzó por llamar a los niños y a los perros sin obtener respuesta, aceleró un poco el paso de su caballo hasta llegar al otro extremo del pueblo. La fila de mesas había quedado atrás apenas cuando, desde el otro extremo de la acera, un anciano con indumentaria de minero se le aproximó, el jinete detuvo su caballo para orientarse, capaz que entre el sueño, el hambre y el frío anduviera errando conclusiones.

—Buenas noches, señor —dijo Rodrigo en tono por demás amable.

—Buenas noches. —Respondió el anciano, que se había detenido apenas a un par de metros al costado del caballo.

—Usted no es de por aquí, ¿no? —preguntó antes de que Rodrigo pudiera hacer su próxima pregunta.

—No, pos voy de paso, ando buscando un lugar pa descansar y algo de comer, si se puede; —¿Cómo se llama este pueblo?

—No se puede quedar aquí, oiga.

—Es que ya llevo algunas horas de viaje... y pos yo duermo en cualquier rincón que me dejen.

—No se puede quedar, oiga.

—Bueno. ¿Y si le compro comida para el viaje? Todavía me queda buen tramo y las tripas me están... —Antes que pudiera terminar de hablar, el extraño le interrumpió.

—¡¿No me ha entendido, oiga?!; ¡Si quiere salir de aquí, váyase, pero ya!

—Bueno, ta bueno. Si no se puede ta bueno, pues. —Dicho esto, Rodrigo jaló las riendas de su caballo para salir a

trote veloz por la calle principal.

En esas regiones la mayoría de la gente portaba armas y El Mapache tomó la cerrazón como una amenaza, no quería problemas, tan sólo quería comer y si se podía dormir por ahí, en algún tendido.

Ya de nuevo en la sierra, aceleró el trote para olvidarse de la mala pasada en el poblado que acababa de atravesar. En apenas minutos llegó hasta la ruta de un riachuelo donde las tripas le sonaron con más ganas. Sacó un poco de carne seca de su bolsa y con manos temblorosas se la puso en la boca para masticarla dando un sorbo de agua. La sal se mezcló con su saliva dándole una sensación de alivio, como si se tratase de una medicina.

Estaba meditando respecto a la posibilidad de improvisar un tendido, por lo que examinó el terreno por encimita, diviso una ramada prometedor. Su caballo parecía bailar del cansancio dando ligeros tumbos contra la tierra sin siquiera avanzar un centímetro; sin embargo sentía galopar el corazón del animal en sus ancas como contagiando la ansiedad que ni salivando terminaba de disiparse. Respiró profundo, levantando la mirada hacia el horizonte detrás de la columna de cerros que celosamente ocultaban el brillo de la luna. Buscaba alguna discordancia en el entorno que parecía estar más silencioso que de costumbre. Habían pasado unos minutos pero daba la impresión que llevaba varias horas ahí.

Su caballo emitió un bufido en señal de alarma y fue entonces cuando sintió los vellos de su columna erizarse causando una especie de fría y repentina parálisis. Finalmente, reunió el valor necesario para echar un vistazo sobre su hombro en dirección a la ubicación del poblado que apenas había recorrido. Su corazón se desbocó a todo galope al ad-

vertir que la penumbra se había engullido al pueblo entero: ¡Su banquete! ¡Su bullicio! ¡Su fulgor!... En su mente no quedó más que el vago rumor de aromas, de colores, de voces... de imágenes zumbando su mirada perdida.

Ricardo Félix. (H. Caborca, Sonora, 1975) Licenciado en Psicología. Aficionado al cine, el ajedrez, los idiomas y el box. Escritor y maestro. Publicó el libro de cuentos cortos: *The surreal adventures of Dr. Mingus* (Aignos Publishing, EUA. 2014); *Asgard: A saga dos nove reinos* (Editorial Jambo, Brasil); *Contemporary Writers of Poland* (Polonia), *The Other Side of the Screen* (Polonia); *Experimental Writing Africa vs. Latin America*. Vol. 1 (Camerún).

El Desastre

Tamara Washington Olivas

Oscuridad. Eso es lo que te rodea. No puedes ver nada y así es como te gusta. Significa que no verás a las sombras. Esas sombras que te hablan. Que te avisan del desastre que pronto llegará. De repente oyes pisadas y sabes que pronto las sombras llegarán. Las pisadas se detienen justo enfrente de donde tú estás. Se abre el rectángulo, ese rectángulo que deja entrar una poca de luz y con esa luz llegan las sombras. Te dicen que les avises del desastre. Tú no quieres, pero las sombras te aterran. Así que lo haces.

—Señor, le ruego que me escuche. —Le dices al guardia al lado de tu puerta. —El desastre no tarda. Tiene que sacarnos de aquí.

—El guardia suspira y le dice a su compañero:

—El paciente 62 sigue alucinando sobre un desastre. Es la quinta vez esta semana.

—Déjalo —le contesta su compañero, —estos lunáticos siempre están hablando tonterías.

Tu guardia, satisfecho con su respuesta, decide ignorarte. Suspiras. Como siempre, nadie le cree a alguien que está demente, y demente es justamente como te clasifican. Te volteas para decirle a las sombras que lo intentaste pero no te creyeron. Para tu sorpresa, las sombras ya no están. Sólo hay oscuridad. Justo como te gusta. Empiezas a relajarte pero en ese momento oyes un tipo de alarma. Es muy fuerte, tanto que cubres tus oídos con las manos. Las sombras regresan. Te avisan que el desastre ya está aquí. De repente el suelo

empieza a temblar. Tu guardia grita que es un terremoto. La pared que sostiene y da forma a tu rectángulo se derrumba. La luz llena el diminuto cuarto donde estabas preso. Ves cómo la tierra se abre y cómo los guardias caen hacia el vacío. El fin del mundo ha llegado.

Trataste de avisarles pero, como siempre, nadie le cree a alguien que esta demente.

Gloria Tamara Washington Olivas (H. Caborca Son. 2001) Es hermana gemela de Gloria Yamileth. Alumna de Tercer Semestre de la Preparatoria Cobach, Plantel Caborca. Participante de los Talleres de Lectura y Escritura Creativa “Mis Vacaciones en la Biblioteca” 2016, 2017 y 2018. Publicó relatos y escritos libres en las antologías *Sueños, Cuentos y Cantos* y *Escribe, Escribano*, productos de esos talleres. Ganadora del Primer Lugar del Concurso de Redacción “¿Qué quieres ser cuando seas grande?” Abril de 2015, organizado por el Semanario Alianza Spanish News, de la Ciudad de Prescott Valley, Arizona. Le gusta escribir cuentos, leer y jugar con sus cachorritos.

Sueño

Yamileth Washington Olivas

Abro los ojos y lo primero que noto es la oscuridad. Está muy oscuro y casi no puedo ver nada; ni siquiera puedo ver mi mano enfrente de mí. De pronto unas luces se prenden cerca y ya puedo distinguir más o menos dónde estoy: Es un callejón. Hace frío, así que me abrazo y froto mis manos en mis brazos. Oigo pisadas detrás de mí, así que corro hacia la entrada de un pequeño lugar. Me escondo detrás de la pared cuidando de que nadie me vea. Noto que todas las tiendas y las casas están decoradas de cosas con el tema de Halloween. Salgo hacia afuera con cuidado y miro que todas las personas están usando abrigos grandes y sombreros que cubren por completo su cara. Nada de lo que se logra ver se puede distinguir con claridad, ya que todo está escondido por la sombra.

Camino hasta el parque que está enfrente, donde hay un gran árbol de navidad. Es enorme y está cubierto por miles de lucecitas de colores. Parpadean y brillan dándole al árbol un ligero brillo de arco iris. Enfrente está un hombre alto que no lleva puesto un sombrero. Noto y descubro que es mi abuelo, excepto que tiene una barba larga cubierta de flores y de abejas que zumban a su alrededor. Me extiende la mano y yo la tomo inmediatamente, pero al tocar su mano se siente...peluda. Miro hacia abajo y me sorprendo al ver que en vez de manos tiene patas de perro. Me sonrío y me empieza a decir algo aunque no lo entiendo, ya que su voz parece muy distante. De repente sus ojos se tornan blancos y empieza a decir un cántico con voz grave...

Al árbol de navidad le salen dos largas patas y empieza a caminar hacia mí. Estoy asustada. Volteo hacia los lados en estado pánico. No me puedo mover ni tampoco gritar. Estoy congelada. Algo pasa pues el árbol se cae... Lo último que veo son sus ramas verdes acercándose más y más, a punto de alcanzarme...

...

...

...

...

...

...

...

...

Entonces... despierto.

Gloria Yamileth Washington Olivas (H. Caborca Son. 2001) Tiene 16 años de edad. Alumna de Tercer Semestre de la Preparatoria Cobach, Plantel Caborca. Participante de los Talleres de Lectura y Escritura Creativa “Mis Vacaciones en la Biblioteca” ediciones 2016, 2017 y 2018. Publicó relatos y escritos libres en las antologías *Sueños, Cuentos y Cantos* y *Escribe, Escribano*, producto de esos talleres literarios. Es autora del libro infantil *Las Aventuras de Toby*, 2009 en edición de autor. Le gusta leer, dibujar y escuchar música de Shawn Mendes.

Epitafio

Fernando Peñuelas García

Cuando baje un poco el sol, o más bien el calor, será la hora de salir de la tumba, buscar entre las líneas de las sombras que forman los árboles una sombra más que delimite un atisbo de esperanza, hacia un camino, quizá de cerros o de choyas, y contemplar desde lo alto esas nubes que corren furiosas y coloreadas por la mente de Marcos. Es el paisaje y clima lo que contempla y siente, mientras en su teléfono celular suena la canción *Special Needs*.

Fue en otro tiempo quizás cuando actuó Aura, sus cabellos rubios al menear su cabeza hacia los lados, como yendo hacia atrás, fibras brillantes en sincronía, nado aéreo, la película se llamaba *La hija brillante*.

—¿Sabes, Aura? Me pareces más como el amarillo, eres amarilla, radiante, temerosa, indefensa... brillante como estrella. Oigo la canción de *Coldplay*, es tuya, *Yellow*.

Aura al oírlo sonrió, tomó su hombro y lo apretó un poco con su mano y después lo mordió fuerte,

—¡Tú eres azul como la noche de *Van Gogh*! —Gritó mientras corría por el rugoso suelo, la caída no fue un golpe sino una acogida de sábanas en medio de un vacío atiborrado de pinceladas ondulantes... y el rito amoroso fluyó. Cualquier espacio es indicado para el amor, el amor no aprecia el instante sino a quién lo hace suyo, en la cima del cerro los amantes se conectaron a una interfaz de estrellas donde descansaron volátiles.

“Uno sobre el otro descansa, porque en vida su ausencia rezaba”; Marcos tallaba el epitafio sobre la lápida que pronto entregaría.

—Murió un día antes del día de las madres, tan buena gente doña Rosalía, derechito al cielo es que se ha ido. — Dijo doña Rita.

—La difunta inyectó a todo el barrio, ¡Tan buena mano! Todos los días rezaba, una mujer de Dios. ¡Que Dios la tenga en su Santa Gloria! Allá debe estar junto a Don Isaías. — Doña Rita hablaba mientras Marcos parecía concentrado de lleno en su trabajo.

—¡Te tiene que quedar bien bonita, Marquitos! ¿Y cómo sigue tu papá, ya está mejorcito?

—Ahí la lleva, doña Rita, ya camina un poco.

—Pues ponte bien al tiro con las chambitas, mijo, ya sabes que las tienes que sacar solito, pero ya le sabes bien, chamacón. ¡Si tienes un mastrazo! Me saludas a tu papi. Ya me voy con la Lilia, que se me hace tarde para ir al rosario y el cafecito ¡jo, jo, jo!

Marcos no sabía quién era *Van Gogh*, fue por Aura que lo supo, y al buscarlo en internet quedó asombrado por el trabajo del famoso pintor. Eran esas líneas ondulantes en una concordancia de euforia expresiva lo que admiraba. Y admiraba sobre todo sus cipreses.

La ausencia es una caja en la que uno puede meter cualquier cosa, la muerte por ejemplo, vestida de recuerdos, maquillada de historias sin tiempo. Aura tal vez sucede... y sucede afuera de una biblioteca, ahí bajo de un árbol en el jardín donde las margaritas aclaraban el espacio, ahí donde le sonreía al chico tímido que esperaba la salida de su hermana Martha. Ella se acerca, el viento polvoso vuela su falda dejando ver sus del-

gadas piernas, su sombrero de paja cae al suelo, él lo levanta:

—Gracias ¿me puedes dar la hora?

—Olvidé mi celular en el carro, espérame tantito. —Va y viene del vehículo.

—Son las seis en punto.

—Eres puntual, gracias.

—La primera vez hay que serlo.

La chica entró a la biblioteca y Marcos no le despegó la mirada durante todo el recorrido, después entró él también.

Cuando agarró camino doña Rita, Marcos dejó cincel y marro, encendió su auto y se dirigió para rumbos de la oficina del INE, recogería su credencial para votar, era año de elecciones y tendría que votar a lo zurdo, “Si zurdo soy, a la izquierda me voy”, esa era su frase tan cuestionada por sus camaradas, sobre todo por el Chuy que trabajaba en el gobierno. Manejando y con el cigarrillo en la ventana, Marcos pensaba en Aura, la futura actriz, imaginaba su vida en la capital, mientras el estéreo del auto tocaba *Georgia on my mind*, en replay desde hace un par de semanas. Hay momentos en que ciertas canciones nos obsesionan. Ésta le traía al joven lapidero un poco de tranquilidad, las mujeres son tierra a la que hay que habitar, al menos como un soplo de viento que levante un poco el polvo de la sequía.

Martha subió al coche, le sonreía a Marcos desde la ventana. Éste vio que la chica de la falda le dio un libro a su hermano, después, camino al coche tropezó sin caerse, y al subir preguntó a Martha:

—¿Sabes quién es?

—Se llama Aura, hace el servicio social en la biblioteca.

Marcos se quedó pensando, mirando hacia donde la chica de la falda desaparecía.

—¡Wow, sacaste un libro en préstamo! ¿La Chica del Trombón? —Se sorprendió su hermana.

—¡Deja ahí! —Repuso Marcos, serio y tajante.

—Pues la verás cada vez que vengas por mí al curso de verano.

En la calle donde vivía el joven lapidero se encontraba también el Velatorio Municipal y un changarrito donde se reunían por las noches a echar batana varios camaradas del barrio, entre ellos Samuel, el embalsamador.

—En Oaxaca, a las viejas que se mueren vírgenes las bailan en el velorio, y todos los hombres que asisten las pueden cargar y menearlas. —Samuel bailaba en la calle con las manos en el aire como cargando un bulto invisible mientras tarareaba una canción movida. Todos se carcajearon.

—¿Vamos por un seiscito, qué no? ¿O un veinticuatro?

—¿Qué, hoy no te vas a ir a coger a la Panchita, Marquitos?

Una tarde, desde fuera de la biblioteca pública, a través de la puerta transparente, Marcos vio a Aura atendiendo a una niña que le entregaba un libro en el área de recepción. Entonces decidió entrar.

—¡Hola muchacho!

—Me llamo Marcos

—Yo soy Aura... ¿Qué te pareció el libro, Marcos?

—Me hubiera gustado que Alia Emar cumpliera su sueño de ser actriz e irse a Nueva York.

—¿Lo crees?

—No lo terminé de leer, desde que supe que no iría a Nueva York lo dejé, no lo quiero seguir.

—¿En serio? Puedes llevártelo para que lo termines, es más, te regalaré un separador.

—Ok —Martha rozó el brazo cuando pasó por un lado de

Marcos y salió por la puerta.

—Bueno, Marcos, tienes una semana para terminarlo.

—Gracias, hasta pronto.

En esta ciudad, pequeños cerros la habitan y rodean, ir a dar una caminata y escalarlos es un pasatiempo sano que pocos acostumbran. Marcos era uno de ellos, trabajaba por las mañanas y por las tardes buscaba ver los atardeceres desde alguna cima, a veces se quedaba hasta la noche para contemplar las luces de la ciudad y las estrellas. Los paseos nunca eran iguales, alguna vez la neblina no le dejaba ver; su estado de ebriedad convertía las rocas en agua, en olas donde la espuma era la niebla, no era la primera vez que iba en ese estado... Desde que Aura no contestaba los mensajes de su celular esto se convirtió en un hábito los fines de semana. Marcos tenía más de un año sin saber nada de ella.

Cuando llegó a casa, Marcos abrió un libro, lo hojeó, ahí estaba aquel separador con la siguiente frase:

“La incertidumbre es una margarita cuyos pétalos no se terminan jamás de deshojar”. Mario Vargas Llosa.

Fernando Peñuelas García (H. Caborca, Sonora, 1986). Licenciado en Artes Plásticas por la Universidad de Sonora. Dedicado a la creación pictórica, eventualmente imparte talleres de arte. Como ilustrador, fue colaborador de *Vereda*, *Revista Cultural de Caborca* y participó en el poemario colectivo *Rostros de Voz, Poesía y Pintura Juvenil Caborquense*, el año 2005. Cuenta con un libro inédito de poesía. Ha cursado talleres de Escritura Creativa con los escritores Iván Figueroa y Luis Álvarez Beltrán.

La noche memorable que juré no contar

Gustavo Mazón Sotelo

—¡Fondo! ¡Fondo! ¡Fondo! —Gritaban frenéticamente todos los asistentes a la pre fiesta en la casa de la *Marchela*.

Presenciaban el primer juego de la noche: Fondear dos cervezas coronitas de media. El ganador se llevaba, aparte del reconocimiento y la algarabía del respetable, un beso de la anfitriona, siendo ése un premio para nada despreciable. El triunfador del concurso y acreedor de otros tres besos más de *Marchelita* fue su servidor. Mi nombre, aunque es lo que menos importa del relato, es César Octavio, mejor conocido como “El Michigan”, y soy el que cuenta esta historia que apenas comenzaba.

Sucedió en la ciudad de Hermosillo hace diez años, un veintidós de noviembre a eso de las ocho de la noche para ser exactos. Si se preguntan por qué me acuerdo con tanta precisión, les responderé que era la víspera del veintitrés de noviembre, fecha del aniversario luctuoso del gran José Alfredo Jiménez, a quien mis amigos y yo celebrábamos de gran manera, escuchando sus canciones al son de unas cervezas bien heladas y unos buenos tequilas.

Desde luego ese año no iba ser la excepción. La pre-fiesta organizada era el principio de toda la festividad; la logística ya estaba lista, el itinerario era: 8pm, pre-copeo en casa de la Marsh; 11pm, irnos a la cantina La Sota de Copas y escuchar a los mariachis; 2 a.m, regresar a la casa de Marsh a seguir la fiesta con las guitarras en la alta noche. Como ven, todo fríamente calculado.

Las pre copas fueron todo un éxito, ya íbamos muy bien ambientados y entonados para la celebración. Éramos diez personas distribuidas en dos carros, en uno íbamos la Marsh, la Mairely, el Jonás, el Perno y yo; en el otro iban la Érica, la Wala, la Mony, el Batazo y el “Cat” Medina. Al llegar al Sota de Copas nos llevamos una desagradable sorpresa: Lo acababan de clausurar inspectores del Departamento de Alcoholes por dejar entrar a menores de edad.

Todos nos quedamos estupefactos y en silencio, después discutimos sobre qué debíamos hacer, ya que no había otro lugar donde hubiera un mariachi y contratar a uno era un lujo que como estudiantes no nos podíamos dar. Decidimos al fin devolvernos a casa de la Marsh, pero al llegar nos esperaba otra sorpresita no menor ni mejor, sus papás habían adelantado su llegada de regreso de las vacaciones en San Carlos, sin avisar, y ya no se podía hacer nada ahí.

—¡Chingada madre! —Pensamos todos, telepáticamente.

Hicimos un *team back* y dialogando resolvimos ir a otra cantina que se llamaba El Remendado que, aunque no ofrecía mariachis, tenía unos músicos norteños. Con eso era suficiente para pedirles que tocaran canciones de nuestro José Alfredo. Antes de irnos para allá, una amiga tuvo que hacer sus necesidades fisiológicas, así que nos esperamos y el carro de El Batazo se fue yendo a El Remendado; pero la mala suerte siguió: Me llama el Cat Medina y me dice que en el trayecto se toparon con un retén de policías y que detuvieron el carro por andar manejando con aliento alcohólico. A ellos los dejaron ir pero el auto fue detenido por los oficiales sin que pudiera haber arreglo de mordida, porque andaban los altos mandos vigilando los operativos. También el Cat mencionó que a raíz de eso ellos ya se iban cada quien para su casa, ya era mucho para una noche de tanta mala suerte.

Parecía que todo conspiraba en contra nuestra y en contra de nuestro festejo.

Nosotros también estábamos a punto de tirar la toalla, ya todos decepcionados de esa maldita noche, pero un instante después me sonó el teléfono, veo el identificador de llamadas y distingo el número del Caborcantro. Aquí es necesario abrir un paréntesis:

(El Caborcantro era una casa donde vivían dos estudiantes oriundos de Caborca, pero dicha casa se había ganado ese mote gracias a la cantidad de fiestas que ahí se hacían. Era un lugar que de noche no dormía, siempre estaba alguien *pisteando*. El lugar acogía a amigos estudiantes borrachos que ya cansados no se iban a su casa sino que a la mañana siguiente amanecían ahí en el Caborcantro, tirados, regados en el piso o en algún sofá. También en él podían convivir sin ningún problema rockeros, cheros, cholos, nerds, fresas, etc. Un lugar libre en su espacio y su tiempo).

Se me hizo raro ver la llamada proveniente del Caborcantro porque ese *weekend* era puente y los habitantes de dicho lugar regresaban a su tierra a visitar a sus familias. Al contestar no hubo nadie que me respondiera, eso se me hizo más extraño, así que decidimos ir a echar un vistazo, quizá hubiera algún problema, bueno, eso pensamos.

Tuvimos que atravesar casi todo Hermosillo de sur a norte, cuando pasamos cerca de la casa de El Perno, éste dijo que mejor se quedaba, que ya era mucho para él en esa noche, se bajó del carro, nos despedimos y nosotros seguimos el camino. Al llegar al famoso Caborcantro vimos la puerta abierta y oímos música que provenía de su interior.

Le dijimos a Marsh y a Mairely que esperaran afuera, Jonás y yo entramos precavidamente con una escoba y un re-

cogedor que pudimos pepenar en el porche, según nosotros por si había algún extraño, para defendernos de un supuesto ataque. Al entrar notamos que estaba medio oscuro y empezamos a nombrar a los morros que vivían ahí para ver si alguno contestaba: ¡Román!, ¡Jerry!, ¿Están ahí?, ¿Hay alguien aquí?, pero nadie nos contestó y seguimos avanzando. Al llegar a la sala vimos la silueta de una persona que se encontraba a un lado de una vieja radio de donde se hacía sonar la música. Estaba con una botella en la mano y un caballito tequilero en la otra; quisimos figurar a esa persona para ver quién era, pero no pudimos. Al vernos un poco consternados con una escoba y un recogedor en las manos, cual espada y marro de vikingos, la silueta nos tranquilizó diciéndonos con una voz medio ronca pero amigable a la vez:

—¡Serenos, muchachos, serenos! Pásenle, los estaba esperando. Díganle a las muchachas que no hay cuidado, que le pasen también.

—¡Marsh, Mayrely, cáiganle! Pásenle, todo está bien. —Ellas pasaron y ya cuando pudimos reconocer quién era la persona, al distinguirlo por la luz nos quedamos pasmados, sin poder decir palabra: Era el mismísimo José Alfredo Jiménez.

—¿Qué les pasa, muchachos, parece que hubieran visto a un muerto? — Bromeó José Alfredo.

La única exclamación que se me ocurrió como buen universitario fue:

—¡No mames! ¿En verdad eres José Alfredo Jiménez?

—Así es, muchacho, vengo de allá, de un mundo raro, me dieron chance de venir por una noche a parrandear y aquí estoy. ¿Cómo la ven?

—No pues, la verdad, a toda madre.

Entre nosotros nos veíamos sin poderlo creer y las mo-

rras con aquella expresión de ¡¿Qué pedo?!

Para ser una broma estaba muy bien realizada, porque era alguien muy parecido al guanajuatense, pero en fin, seguimos con la fiesta. Fuimos al carro y bajamos la cerveza, el tequila y el Jonás su guitarra. Presentimos que se iba a utilizar. Le ofrecimos a José Alfredo una cerveza, la cual aceptó con agrado y poniendo su botella de tequila en la mesa, dijo:

—Esta belleza será para el final. Es una botella del mejor tequila que he probado, La Espuela de Oro.

Recordé que ese tequila era su favorito, una vez lo leí en una de sus tantas biografías.

Las cervezas y el tequila se acabaron entre la música y las anécdotas muy amenas que nos contaba José Alfredo. Nos dijo cómo componía sus canciones, que le gustaba empezar con frases fuertes e impactantes, también nos platicó que donde se encuentra hoy aún sigue componiendo y que siempre su fuente de inspiración ha sido ese excelso ser que se llama mujer.

Fue cuando empezamos a beber la botella de La Espuela de Oro que Jonás, con su guitarra, acompañó al maestro y él nos deleitó con sus gloriosas canciones, aparte de otras inéditas que recién había compuesto.

Todo era mejor que un sueño. Ya en confianza hasta me atreví a pedirle que me ayudara a hacerle una canción a la Marsh, quien me gustaba demasiado. Él accedió y entre los dos la escribimos, por supuesto la canción hizo el efecto esperado y la Marsh terminó por caer en mis brazos y accedió a ser mi compañera, que era lo que yo más deseaba. Tanta era la alegría que perdimos la noción del tiempo, el alcohol nos fue venciendo uno a uno. Sólo recuerdo que ya casi amanecía cuando José Alfredo se despidió, saliendo por la puerta trasera con rumbo desconocido.

Como a las 9:15 de la mañana me despertó la luz del sol sobre mi cara, supe qué hora era porque miré mi teléfono celular. No tenía llamadas perdidas, ni mensajes, lo que sí tenía era una cruda leve y a la Marsh entre mis brazos. Volteé y vi en un sillón bien dormida a Mairely; Jonás estaba en el piso abrazado a su guitarra. Rápido los desperté y les dije que fuéramos *a los burros del tianguis del Héctor Espino para sacar los malos espíritus del alcohol*.

En el trayecto nadie habló y en el puesto de los burros menos todavía. Nos dedicamos a degustar esos deliciosos manjares de carne con chile 100% sonorenses. Después del pago de la cuenta me dispuse a darles un aventón a mis amigos. Tuve que romper el silencio, diciendo: ¡¿Qué noche, verdad?!

—¿Te acuerdas de todo? ¿Crees que fue real todo lo que pasó? —Dijo la Marsh.

—¡Es imposible que haya pasado! —Interrumpió Mairely.

—¡Pues de que pasó, pasó. Todos nos acordamos, no se hagan! —Dijo el Jonás.

Seguimos el camino y nadie habló, hasta que llegamos a casa de Mairely. Ella nos pasó a su casa con la intención de hablar de lo sucedido: No fue un sueño, porque todos habíamos vivido esa magnífica noche. No fue una alucinación porque ninguno de los cuatro se drogaba. Para nosotros había sido real y así lo queríamos creer, pero hicimos un pacto de no contar nada a nadie porque nos tomarían a locos. Sería algo como tipo secreto, totalmente secreto, y aquella noche quedaría como un bello recuerdo de haber estado conviviendo con nuestro gran ídolo.

Para mí las pruebas de que todo había sido real eran muy contundentes, aunque para otros pudieran resultar subjetivas. Tenía en mi identificador de llamadas el número y la

hora de contacto en que recibí la llamada desde El Caborcanto; también había quedado la botella vacía del tequila Espuela de Oro, así como cinco caballitos tequileros usados... y por si fuera poco, también, media hoja de papel con la canción escrita para Marsh, firmada por mí y por José Alfredo, la cual todavía conservo y lleva este estribillo:

*Marcela, Marcela, Marcela,
tu amor ha de ser mío,
aunque a muchos les duela
tus besos son lo que más ansío
no se los des a cualquiera.*

*Marcela, Marcela, Marcela
tu amor ha de ser mío,
aunque a muchos les duela,
creas o no en el destino
hoy comenzamos la nueva era...*

Ahora, diez años después, por azares del destino, unos familiares que venían del sur me trajeron una botella de ese exquisito pero raro tequila, La Espuela de Oro. Al verla, recordé claramente aquella noche y me animé a romper esa vieja promesa y escribir esta historia que empecé al abrir la botella y curiosamente la acabé al terminarla.

De sus protagonistas supe: Mairely se fue a vivir a Puerto Vallarta hace cinco años, se casó con un marino, ahora tiene una bella niña y está muy feliz con su nueva familia. Al Jonás no le fue tan bien; aunque no lo volví a ver mucho tiempo después de los días en la universidad, me enteré que se metió a la onda del tráfico de drogas y armas. Lo torcieron allá por finales del año 2010, todavía está en la cárcel en

Estados Unidos. Y de Marcela, pues... ¿qué les puedo decir de Marcela? Sigue siendo mía, aunque ya tenga dueño.

Gustavo “El Tavo” Mazón (H. Caborca, Sonora, 1979). Maestro en Mercadotecnia y Comercio Internacional por la Universidad del Valle de México. Emprendedor y fundador de la empresa CRE-Activo Marketing. Ha participado en proyectos literarios como Colectivo Letra i Música y Revista Abrapalabra. Ha publicado también en la revista electrónica Mambo Rock Periodismo y Literatura. Actualmente escribe cuento, relato libre y poesía irreverente. Sus pasiones son la literatura, el cine y los deportes.

Señorita de las de antes (...o El despertar de los sentidos)

Esthela Pereyra

—Abuela, ¿Te quedaste con ganas de hacer algo cuando eras joven? —Le pregunto mientras estoy desparramada en el sillón blanco de su recámara y la veo arreglarse, como siempre lo hace, aunque no salga a ningún lado durante todo el día.

Antonia voltea de reojo hacia su nieta y, con la mirada profunda que la caracteriza, la recorre antes de responder.

—Sí, Daniela, siempre quise ser piruja.

Daniela, boquiabierta, se incorpora de su laxa posición en el sofá y carraspea:

—¡¿Qué?!

—Bueno, no de las que cobran, mijita. —Le dice, un poco colorada y termina de aclarar.

—Sólo de esas bien sueltas, que coquetean con muchos, enseñan pierna y pues, ¿sabes?, besarse con el que te fuera gustando sin arruinarse la reputación. —Mientras lo dice, Antonia se muestra divertida, soltando a su vez la carcajada.

—Pero ¡Abuela! —Exclama Daniela, atragantada todavía por la sorpresa.

—¡No te creo! —Le digo, ya en tono divertido.

La adoro, es única, pienso, pero esto sí no me lo esperaba. Ella es estiradísima, no puedo imaginarla de joven, mucho menos con ganas de “ser suelta”, como dice. No recuerdo un solo día que haya roto alguna norma, siempre guarda el punto. ¡Esto es fabuloso! Pienso fascinada.

Me guiña el ojo y regresa la mirada al espejo, en eso capto que mi mamá entra al cuarto con nosotras.

—¿Qué hacen? —Nos dice a modo de saludo al mismo tiempo que se sienta sobre la cama. Cruza la pierna y yo la observo asombrada de su equilibrio porque está apoyada prácticamente con sólo una de sus nalgas en la orilla del colchón, la otra la necesitó precisamente para cruzar la pierna por la rodilla mientras con el otro pie se reafirma en el suelo.

Me despabilo cuando oigo la voz de mi abuela que le dice:

—Filosofando, hija.

La veo a través del espejo y abro los ojos al notar una chispa emanar de su pupila. ¡Está diferente! Me sorprende. ¡Oh, ¿siempre ha sido así de luminosa?! Estoy intrigada de cómo fue su vida.

—Filosofando... ¿Sobre qué, mamá, el Espíritu Santo?

—Algo así, hija, ¿de qué más puedo hablar yo? —Responde con un aire inocente.

—No mames, digo yo entre dientes, ¿siempre se ha burlado así? No la supero y mi mamá ni siquiera se da cuenta, sonrío.

—Bueno, te dejamos, ya me dijo Lucero que vas a salir a comer con tus amigas. No me acordé que ya me habías dicho que era el cumpleaños de la tía Susana. Vamos, Daniela.

—¡Bye, abue! ¿Seguimos platicando después? —Le digo suplicante.

—¡Claro, mijita! —Me contesta dulcemente como si fuera una niña y me quisiera seguir la corriente.

Tomás

El Sentido de la Vista capta los estímulos luminosos del ambiente.

Quando se queda sola, Antonia se contempla en el espejo y se ve joven otra vez... *Trae un vestido strapple negro y un collar de perlas de dos vueltas con un pequeño broche de brillantes que hace la forma de una flor, como los aretes a juego que también lleva y que le prestó su mamá para esa noche.*

Se acaba de cortar el cabello y Lucila, su hermana, la peinó con rulos estilo Rita Hayworth aunque a ella se le ven como a Lauren Bacall por su color de cabello, según le dijo su mamá cuando la vio.

Se rizó las pestañas con un tubo Maybelline con máscara, que era lo último de la moda y casi lo arruina porque le empezaron a llorar los ojos. Se pintó los labios con un bilé fantástico que trajo en la mañana el italiano que llegó con maravillosas mercancías arribadas en los barcos de Guaymas y que puntualmente trae a vender casa por casa. Por último, se puso unos guantes negros hasta arriba del codo, se dio una última mirada en el espejo y sonrió satisfecha por lo que vio, aunque por dentro sintió unas pequeñas punzadas en el estómago.

Era la primera vez que iba al baile del casino, sus hermanas fueron el año anterior pero a ella no la habían invitado. Oyó voces en la sala y salió de su cuarto después de dar una fuerte exhalada de aire. Al entrar, seis pares de ojos voltearon a verla... ella hizo contacto visual con los de Faustino y sonrió, él se sonrojó, ella alzó la ceja.

—Faustinito, te la encargo mucho. —Dijo mi mamá y prosiguió. —Como sabes no está mi esposo y por eso no vamos nosotros, pero como te conocemos muy bien, le hemos dado permiso de que vaya contigo.

—No se preocupe, señora, la puede dejar en mis manos con confianza, se la traeré puntual como me dijo.

Yo, impaciente por irme, movía los dedos de las manos por atrás del vestido. Le di un beso a mi mamá y otro a mi hermana, que andaba de novia y su novio no estaba. Como era de esperarse, le cumplía respeto y no salía en la noche.

Faustino me abrió la puerta del carro de su papá, un Ford Club Coupé, y nos fuimos. No hablamos en todo el camino, yo de emoción por ir al baile, él por insípido quizás. Cuando llegamos ya había mucha gente, yo devoraba con la vista todo a mi alrededor, después me regañaron en mi casa porque supieron que se me notaba muy emocionada, ya me imagino el chisme: “Chalita, Antonia estuvo hermosa anoche, pero debes enseñarla a mesurarse”; menos mal que eso fue de lo único que se percataron y no de lo que ahí viví, pienso maliciosamente...

Resulta que llegamos y saludamos a casi medio mundo. Yo, sonriendo como idiota, saludaba a todos, encantada; no entendí por qué muchas no compartían mi emoción, ¿no les gustaban los bailes? me pregunté. Faustinito no era tan buen bailarín, pero yo estaba encantada porque bailamos tres tandas seguidas, desde canciones de Tito Puente hasta la nueva de Bill Halley.

En uno de los descansos del grupo fui al baño y, por andar embobada volteando para todos lados, me tropecé con el único escalón que hay por dentro y que le da vuelta a todo el salón, en fin, como pasa en estos casos aleteé mis brazos y me agarré de lo primero que tuve a mi alcance, que resultó ser el brazo de alguien que apareció frente a mí cuando vio cómo iba derecho al suelo.

—¿Estás bien? —Me preguntó una voz nada familiar.

—Sí, gracias. —Contesto, levanto levemente la mirada y me absorben los ojos más negros que he visto en mi vida. Eso, claro,

no es difícil, considerando que alrededor mío todos los hombres y mujeres tienen los ojos descoloridos: azules o verdes, así que no ver mi reflejo en sus pupilas fue un impacto para mí.

Él bajó su vista a mis labios y yo por instinto hice lo mismo con los suyos...

Ese es el primer recuerdo de un beso que quise dar. Su nombre: Tomás. Pero eso nadie lo supo y no era digno de alguien de buenas costumbres, pienso sonriente al recordar lo que siguió después.

Ramón

El Sentido del Tacto se encarga de percibir los estímulos a través de la piel.

Después del día tan agitado que tuve y de haberme reído tan a gusto de las ocurrencias de Luisa, ya estoy a punto de acostarme, con un poquito de avión, ese que me da el vino y me sienta tan bien. Se me viene a la mente Ramón, Dios mío, años sin recordarlo ¿Qué sería de él?

Ramón era más alto que mi hermano y eso es mucho decir, considerando el metro ochenta y seis de éste; jugaban basquetbol juntos, así que lo veía de repente en mi casa. Era muy tímido, tanto que por eso me sorprendió un día, dándome un vuelco el corazón al descubrir su mirada fija en mí, sus ojos entrecerrados y un poco fruncido el ceño, casi nada, pero lo suficiente para que me intrigara en qué estaría pensando. Esa noche, recuerdo todavía, tardé rato en dormirme.

Empecé a procurar estar en casa cuando sabía que él iba a ir de visita o de paso; no se atrevía a acercárseme, sólo me miraba todo el tiempo. Una tarde, antes de irse a la universidad (marcharía a estudiar medicina como su papá) fue a la casa como siempre, pero esta vez no estaba mi hermano y él ya lo sabía... para entonces yo ya me moría por su amor y todavía recuerdo cómo me pegue a él en el pasillo de la entrada, tomó mis mejillas con la punta de sus dedos y me estremeció, yo me estiré para poder alcanzarlo.

Me duermo recordando todo, con mis dedos puestos sobre mi mejilla.

Roberto

El Sentido del Oído detecta y transmite los sonidos en impulsos eléctricos.

—¿Con quién saliste, Daniela? —Le preguntó su abuela esa tarde, sentadas en la terraza disfrutando el fresco viento del desierto al atardecer.

—Es de Hermosillo: Roberto Aguirre, lo conocí en Monterrey. —Le cuento, ajena al cambio de expresión que tuvo en ese momento.

—Dice Amelia que los conoce, que es muy buen muchacho y la familia lindísima, ¿has oído hablar de ellos, mamá? —Dice Sara.

Nos entretenemos un rato más y nos despedimos, Luce-ro nos acompaña para cerrar la puerta y escucho cómo mi abuela le pide que le lleve una copa ahí a la terraza.

—¿Se queda aquí, señora? —Le pregunta su fiel compa-

ñera al dejarle la bandeja con viandas y la copa del Pinot que tanto le gusta. Antonia le dice que sí y le agradece.

—Así que Roberto Aguirre, sonrío viendo hacia sus recuerdos. ¿Será de los mismos? Nieto quizás, se dice, y viaja en su memoria:

—¡Están guapísimos! —*Corean al mismo tiempo sus hermanas y amigas que estaban en La Muralla, el lugar de moda, al ver al grupo de muchachos parados al fondo, todos ellos acabados de llegar de donde estudiaban, para pasar las vacaciones de verano.*

Antonia hace contacto visual con uno y éste le sonrío.

—¿Quién es? —*Le pregunta a la que tiene enseguida.*

—*Es Beto Aguirre, de los que viven en el Centro ¿Los ubicas? Son diez hermanos, estudia para ingeniero en Monterrey, casi no sale cuando viene, dicen que es muy inteligente y se la lleva estudiando. Yo, aquí entre nos, pienso que está acomplejado por su color de piel. Le dice despacito para que no la oigan.*

Antonia voltea a verlo nuevamente y ve que es sumamente varonil: Ceja gruesa, fornido, no muy alto, por lo que alcanza a distinguir. En eso, él deja el vaso que estaba tomando y se va, lo pierde de vista. Antonia siente un vacío en el pecho, como que se le cortó el aire, de repente ya no es divertido estar ahí. Llegaban con ella a platicar y cada vez le costaba más trabajo integrarse, hasta que se hizo a una orilla y trató de mantenerse al margen en lo que llegaba la hora de irse.

—¡Hola! ¿Tú eres Antonia? —*Le susurran al oído, un aire tibio penetró en su tímpano y viajó en picada hasta el centro de su cuerpo, provocando que los vellos imperceptibles de su brazo se erizaran de emoción y placer... No necesitó saber quién era...*

—¡Roberto Aguirre!

Antonia sonríe nostálgica y se queda disfrutando el recuerdo hasta que se mete por completo el sol.

Felipe

El Sentido del Olfato detecta los olores... y al mismo tiempo, en un proceso químico, los guarda inolvidables.

—¡Abuela, vieras qué oso! Dicen que le pusieron algo en su bebida y que ella no se acuerda de nada; nosotras primero la vimos bailando normal y al rato parecía la vara de Esculapio,  ya sabes? La serpiente enrollada en la vara que distingue a los médicos.

En la noche, Antonia repasaba lo que dijo su nieta y suspir , entendiendo perfectamente a esta joven conocida de su nieta, sólo que antes, en su juventud, no se atrevían a tanto en público. Sin embargo, recuerda una cierta ocasión, soltando una risa:

Tengo grabado el aroma de Felipe... y es que al sentir sus brazos rode ndome el cuerpo no pude evitar seguir el mismo camino junto al suyo, mi nariz qued  justo en la base de su cuello, éste le palpitaba por encima de la piel y su aroma penetró en mi olfato hasta adentrarse en cada glándula de mi interior.

Yo no sabía lo que era abandonarse a cuanto sucediera alrededor, no percibir a nadie más. Cerr  los ojos y su olor era lo único que existía.

Claro, eso era lo que alguien de mis tiempos se podía permitir a escondidas.

Suspir  divertida.

Heraclio

El Sentido del Gusto te genera una sensación

al contacto de sustancias químicas.

—¿Por qué estás tan pensativa, Daniela? —Le pregunta a su nieta.

—No es nada en particular. —Le dice, con los ojos bajos. —Sólo que no estoy segura de querer a Pepe.

Antonia se quita los lentes con los que leía el periódico y la taladra con la mirada sin decir una sola palabra, con paciencia la observa en silencio. Daniela se anima a hablar al recordar la sorpresiva y oculta personalidad de su abuela.

—Pepe me encanta, la pasamos bien, es súper lindo, pero no lo extraño. Cuando no está, apenas y pienso en él; quizá exagero al preocuparme, pero a mi edad él debería ocupar mi mente todo el tiempo, ¿qué no?

—¿Te gusta cómo te besa?

La nieta abre los ojos, como siempre que la abuela la sorprende, y se sonroja.

—¡Ay, te sales, abue! —Reacciona la chica.

Pero la abuela, muy seria, le dice:

—¿Recuerdas su sabor?

—¡Asco, no sé! ¡Qué preguntas son esas! —Le sonrío apenada.

—Cuando conocí a tu abuelo no me gustó, no me brincó el corazón, nos hicimos amigos y luego me empezó a pretender, me fui sintiendo a gusto a su lado y, ¿sabes cómo me decidí? Me gustó su sabor, cuando se despedía yo me quedaba saboreando sus besos; por eso es que te lo pregunto.

Daniela se quedó en silencio. Después de un rato, se levantó y la abrazó.

Antonia se queda suspirando, recordando su única y verdadera historia. Su secreta historia. Él fue todo para ella: Vista, olor, sabor, tacto, sonido. Todo lo que antes vivió fue un preámbulo para despertar los sentidos.

Esthela Pereyra. Licenciada en Mercadotecnia, por el ITESM. Aficionada a la lectura y las artes. Es miembro del Colectivo Letra & Música, ha participado en lecturas literarias, sus relatos se han publicado en la revista cultural *Abrapalabra* y en el Proyecto Literario del mismo Colectivo en 2014. Escribe cuentos cortos y relatos de ficción que se convierten en realidad.

Asimetrías y discordancias

Manuel Méndez

Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta salud de saber que estamos muy enfermos
El juego en que andamos.
Juan Gelman, 1959.

I

Inter arma silent musae

—¿Dónde está Jorge?

—Está “*afinando*” en el baño. —Contestó Marcos Urías con los ojos cerrados, la cabeza gacha y golpeando el lomo de la guitarra con sus dedos al ritmo de la música grabada, como si su mano fuera un caballo de tres patas.

—¡Dile que se apure, estos pendejos ya sacaron la pistola otra vez y se están amenazando! —Insistió Benja Juárez.

—¡Que se maten a la verga!

—¡No la chingues, cabrón, ni nos han pagado!

—¡Valiste ver...! —Un disparo al aire de una escuadra .45 impidió a Marcos terminar la frase que resumía lo que él pensaba de Benja. No se perdió de nada, la palabra que el disparo ocultó ya había sido pronunciada varios cientos de veces ese día para enfatizar un variado número de frases y sus respectivos significados.

—¡Vente... Ahí viene este puto! —Tomó su bajo eléctrico, se lo colgó al hombro pasándolo por sobre su cabeza hasta

que reposó cómodamente a la altura de su cintura, prendió el dispositivo inalámbrico agarrado a su cinturón para que su instrumento se escuchara en las potentes bocinas del escenario, se encaminó a la pista y se colocó con seguridad enfrente del micrófono de la izquierda.

El técnico que había arrendado su potente equipo de sonido, un modesto escenario y unas cuantas luces estroboscópicas y otras multicolores, fue reduciendo la música grabada que había allanado el ambiente por escasos minutos entre tanda y tanda y empezó a darle volumen a los micrófonos de instrumentos y voces del grupo de los muchachos.

—¡Ya estamos de vuelta, raza! —Dijo Benja Juárez frente al micrófono abierto y con lujo de dominio hizo un movimiento táctil de cuatro posiciones con su bajo. Instantes y sonidos de baja frecuencia que cambiaron el ambiente como por arte de magia.

—¡Aquí les van unos corridos bien chingones! —Gritó Jorge Barrancas con varonil y aguardentosa voz que llegó directo del área de los baños, sin modificar su apresurado paso hasta aparecer frente al micrófono del centro. Marcos ya estaba a la derecha con su guitarra de doce cuerdas, dos metros separado de los otros, ora sí cada cual en su sitio, su punto de origen era la conocida agrupación de *Los Primos de la Noria*. Cuando Jorge comenzó a cantar, los otros dos lo siguieron con la coordinación y acoplamiento logrado luego de incontables presentaciones iguales a la de esa oscura noche de primavera.

Las pupilas notablemente dilatadas, con la mirada fija, como un francotirador que ya ha encontrado su blanco, Jorge observaba a su público desde el escenario; era un habilidoso acordeonista que había tenido que aprender a tocar ese instrumento de botones tras haber estudiado piano durante su

infancia. Acordeonista de botones o teclas, Jorge era el *front man* de un conjunto norteño y eso quería decir que melodías y voces corrían principalmente a su cargo...bueno o malo, ese era el medio al que decidió pertenecer desde su pubertad.

Su agudo tímpano le había significado un lugar entre los mejores intérpretes del género, a pesar de que él mismo conocía las limitaciones de sus débiles cuerdas vocales. No obstante, se daba el lujo de cantar en ese género sin poner cuidado a la afinación, ya que sabía que de haberlo hecho, de todas formas nadie a su alrededor lo notaría, por el contrario, las cuidadas posturas, miradas, expresiones y gestos, eran un distintivo suyo que los presentes sí notaban y reconocían. De la letra de sus canciones es mejor no comentar nada para no perder tiempo con algo que sabemos se resume en: qué le gusta a..., qué hace él (o ella, con menor frecuencia), dónde y a quiénes manda, cómo trabaja, dónde se pasea, quién es su jefe y símiles asuntos más acordes a burda propaganda de una subcultura vulgar que a una auténtica lírica.

Tal presentación arrancó varios disparos al aire. En cierta forma, como un éxito que enorgullecía a sus integrantes, por el género al que se dedicaban, se sabía que en esos ambientes se podían escuchar gritos de protesta tanto como insultos. Jamás se escucharía un aplauso y, si se llegara a escuchar algo similar a uno, era más probable que alguien estuviera abofeteando a alguno de sus subordinados o se le hubiera propinado una fuerte nalgada a una de las prostitutas que en no pocas ocasiones engalanaban esas fiestas. En resumen, una dotación de balazos al aire, circundado de gritos, era la señal inequívoca de que la canción había tocado las fibras emocionales de los espectadores, tal como la cocaína lo hacía con sus afectadas neuronas. Un bacanal cuya ceremonia se marcaba al ritmo del polvo blanco y los llamados narco corridos.

Aquello había comenzado desde las siete de la tarde, cierto día de abril, cuando los últimos rayos de luz rasguñaban las copas de los árboles en el patio grande del Rancho *El Arrumaco*, propiedad de Edel Humberto Larios, alias “El Sin Trancas”, líder del grupo criminal Nuevo Régimen, que se apuntaba para dominar las rutas de trasiego de drogas en la región de Palomas, Michoacán. Y por ello la reunión de maras: Arreglos entre mandos federales y el cártel respectivo lo señalaban como el único autorizado para llevar a cabo esa reductible labor en la región, en esas populosas y provechosas rutas, a pesar de que aún faltaban el reconocimiento y la autorización correspondiente del ámbito estatal, un mero trámite. Desde el primero de los dos recesos musicales, tras sendas tandas de setenta y cinco minutos cada una, los músicos se tomaban unos veinte de descanso mientras los presentes consumían ingentes cantidades de cerveza, licor y cocaína y, según la costumbre, así debía de ser, al menos hasta el amanecer.

Se sabía que Marcos, guitarrista del grupo, era el integrante más reciente y joven de la agrupación, con tan sólo veinte años; también que Jorge Barrancas y Benjamín Juárez lo habían formado cuatro años atrás, recién arribados a los diecinueve, justa mayoría de edad. Francisco Sarabia, el guitarrista original, había sido asesinado en extrañas circunstancias, lo que nadie sabía era que el grupo musical *Los Primos de la Noria* era, en sí mismo, un triángulo amoroso que se enfrentaba a un rompimiento inminente por celos, bien fundados, de su bajista Benja Juárez.

II

Ius ad bellum

Al sabor y efecto de la cocaína continuó desmarañándose el monótono y homogéneo concierto. Sin embargo, desde su inicio los propios artistas, como era costumbre, requerían la correspondiente dotación no sólo de droga sino también de alcohol.

—No tomo esta chingadera —dijo Marcos, que fue el primero que se percató de las botellas que habían puesto encima de una mesa en aquel improvisado camerino.

—No estés chingando, en el estuche de la guitarra traemos. —Respondió el Benja Juárez.

—Es muy poquita, cabrón, esa botella no alcanza ni pa mí.

El whiskey, corriente pero de excelente presentación y una ornamentada etiqueta, era una bebida imprescindible para ellos, no sólo durante las presentaciones que con mucha frecuencia hacían, casi a diario, sino que servía de complemento para la loquera combinada con los pases de polvo blanco y para sostener la adrenalina necesaria para el escenario.

—¡Estos pinches indios nomás pusieron ron y vodka! ¡Qué asco, a la verga!

Para las once de la noche, en el primer descanso después de tres horas de tocar ininterrumpidamente, la ansiedad resultaba casi insoportable para los filarmónicos de la furia grupera. La situación de la falta de whiskey era un asunto serio y debían resolverlo; una vez abajo del escenario preguntaron a unos arrimados sobre si podían conseguirles alcohol o llevarlos a comprar sin hacer mucho ruido al respecto. Los tres se montaron a una camioneta acompañados

de un chofer y de un arrimado gorrón. Al calor de la droga todas las ideas parecen buenas...

Otras dos camionetas los siguieron. Según les indicaron, había una licorería en la gasolinera más próxima, a unos veinte kilómetros del rancho, apenas delante de tomar la carretera. Ya de regreso y justo al momento de tomar el tramo de la entrada, luces de vicos y estridencia auditiva, propias de la policía estatal, les marcaron la señal de parada.

Hicieron caso omiso de las advertencias y por el contrario, casi al instante, una de las camionetas de la policía estatal resultó embestida por una de las camionetas del convoy de delincuentes, quienes a su vez no dudaron en abrirles fuego. Otras dos camionetas que ya se perdían en la terracería, sólo se percataron a distancia y poco les importó pararse a ver el molesto contratiempo. Lo que se pueda decir a continuación versa acerca de la futilidad de la vida en el sentido de que a veces las cosas más simples y rutinarias en una sucesión de segundos en los que uno se asoma por la ventana y no se mira sino un raudo e infinito monte que sólo hace sentir un aburrimiento y un impasse de emociones detenidas; pero por otra parte, en esos mismos instantes largos e inconsecuentes, bajo otras circunstancias, pueden ocurrir hechos como los que aquí se suscitaron: El resultado de la refriega incluyó la muerte de Jorge Barrancas y de Benjamín Juárez, cosa de no esperarse pero también cosa en la que definitivamente (y aléguele al ampáyer) ya no hay nada que hacer... y ya de paso, dados los acontecimientos, en el mismo incidente quedaron ahí inertes, muertos en su fría descripción, los otros dos esbirros que viajaban en el mismo auto, los acompañantes, los sin nombres, los extras, actores de ocasión.

La separación del grupo ahora se justificaba por causas

naturales, ya que naturalmente no se puede pertenecer a un grupo serreño estando muerto, aunque a fin de cuentas no haya mucha diferencia. Sin embargo, ya Jorge Barrancas quedaba incapacitado física y anímicamente para dominar el escenario con miradas de francotirador y posturas de poder. Así terminó la gira y comenzó la leyenda corta, efímera, pero leyenda al fin, de acuerdo a los medios de difusión especializados en el género; y entre los admiradores de *Los Primos de la Noria*, agrupación que ahora se sumaba a la nada corta lista de agrupaciones que sucumbían a lo que muchos llamarían los gajes del oficio. Válgame la expresión, implícitamente los posibles gajes incluyen la muerte y por consiguiente, "su oficio" consiste en hacer propaganda a los miembros pertenecientes a los cárteles, así como el adoctrinamiento a todos aquellos aficionados para quienes no sólo se trataba de un género musical, canciones y aventuras criminales, sino todo un estilo de vida.

Pasó por la cabeza de su representante subir al grupo a los escenarios, incluyendo a los fallecidos, como *El Cid Campeador*, con un poste sosteniendo el frío cuerpo, o tal vez de unos tirantes los cuerpos como las marionetas, con tal de terminar la gira que ya se tenía contratada; la idea no parecía del todo mala para los chupasangres empresarios musicales pero algunas dificultades técnicas impedían llevar a cabo los sutiles ajustes. Sin embargo, las pérdidas por los contratos que se incumplieron serían compensadas con el repentino incremento de las ventas de discos compactos y ofrecimientos de pagos por entrevistas en los medios radiofónicos y televisivos... revistas y periódicos significaban más poco, menos poco, dijera don Fidencio.

Sin dar a conocer el detalle de los hechos que llevaron a la

muerte de los dos artistas, y sin decir nada a nadie, la oportuna recuperación de los cuerpos se llevaría a cabo con la colaboración de altos mandos del ejército y policías federales, quienes se encargaron del traslado de los malogrados músicos hacia su ciudad natal, empleando incluso automóviles y helicópteros oficiales. Además, no conformes con eso, ofrecieron a las familias y a los representantes de la agrupación, la posibilidad de reivindicar la imagen de los famosos y de las corporaciones, haciendo ver el enfrentamiento como un intento de secuestro a perpetrarse en contra de los propios artistas.

Aprovechando los lamentables hechos, el plan servía para cargarle los muertitos a miembros del Cártel de los Hermanos *Vega Gallegos*, que en esos momentos tal grupo criminal ya se constituía disidente con respecto al gobierno y a los altos mandos.

Los padres aceptaron las versiones oficiales y las *verdades históricas* formuladas desde el gobierno estatal y de los altos mandos de las corporaciones federales. Para ellos resultaba suficiente el par de homenajes que en su pueblo natal les dedicarían, así como haber figurado mediáticamente, ya que algunos de los titulares en los diarios estatales mostraban las fotografías con Marcos tiernamente abrazando a los padres de sus compañeros malogrados. Desde luego, como efecto natural, el gesto sería tomado por ellos como muestra de cariño y solidaridad.

En los días siguientes de la balacera camino al Rancho "El Arrumaco" en Michoacán, se llevaron a cabo todas y cada una de las actividades que se requerían para fabricar las *verdades* históricas, lo anterior con tanta eficiencia en tiempo y movimientos, medidos en segundos y centímetros, que cualquiera pensaría que esa logística era aplicada con ma-

por frecuencia de lo que cualquiera supondría. Los artistas muertos, trasladados hasta Sinaloa, montados en la escena que se preparó para su reivindicación moral y digamos artística, diligencias de ley parte del ministerio público, los servicios forenses, peritajes oficiales, contratación de testigos, permisibilidad para la difusión en televisión y prensa de fotos y fragmentos de un video justo en el escenario, y otras tantas que dieron cuerpo a la versión de intento de secuestro.

A cuarenta y ocho horas del incidente, sin atender a un sinfín de cabos sueltos, se había consumado el engaño y la versión oficial registraría los pormenores de una historia que nunca fue pero que, se sabía, al paso de las semanas a nadie más le importaría demasiado como para cuestionarla.

III

In cauda venenum

Desde que se subieron a la camioneta pick up doble cabina, durante el tercer intermedio del concierto, a Marcos Urías no le dio buena espina. Benja Juárez, Jorge Barrancas y uno de tantos arrimados, que resultó ser operador de un alto mando de la Policía Federal, se subieron en la parte trasera de la cabina de la camioneta. El chofer sacó una memoria USB y se la enseñó a Marcos Urías, a éste no le interesó, su pensamiento estaba en resolver los intrincados códigos visuales que sus compañeros de grupo se estaban intercambiando en el asiento de atrás, los cuales advertía por el retrovisor. El conductor encendió el auto y antes de arrancar colocó el diminuto dispositivo en la entrada correspondiente del moderno estéreo del auto, acto seguido comenzó a sonar

el chillido cadencioso y agudo de las guitarras con el ritmo acelerado y las repeticiones incesantes de notas características del género. El material lo conocían muy bien: *Los primos de la Noria unplugged*.

—¡A la verga, compa, échele chingazos! —Gritó Marcos Urías, tratando de distraer la atención.

—¡A huevo! —Respondió el chofer, el único que atendió el coloquial llamado.

Los celos de Benjamín le habían orillado a jugarse la última carta y desde que se dio cuenta que tendrían que ir por bebidas a la mitad de su presentación, esa noche decidió recuperar, con mucha osadía, la relación que había mantenido con Jorge y que se había perdido desde que Marcos irrumpió en la banda. Aprovechó el mal humor que esa tocada generó entre los tres y le había provocado esa ansiedad por whiskey a Marcos... para acercarse a Jorge como hace meses no lo hacía, con sonrisas y caricias blandas y disimuladas, escondidas del resto de las personas, ambos se enfrascaron en un jugueteo cargado de hormonas que para el resto pasaba completamente inadvertido, no solo por la apariencia varonil de ambos sino por estar más interesados en que su actuar correspondiera a las huecas y agresivas letras de las canciones que obsesivamente escuchaban.

Durante el trayecto de ida, ya los jugueteos que propició Benjamín y que Jorge sin reparo seguía, habían sido advertidos por el anfitrión de aquel auto, quien se encontraba a un lado de ellos y resulta que, sin ser de su incumbencia el apapacho, cuchicheo y toqueteo, muy cariñosito comenzaba a participar un tanto tímido al principio y más osado conforme avanzaba la ocasión y la vuelta. Las apariencias ya no eran cuidadas en lo más mínimo cuando llegaron a la lico-

rería, después de un cuarto de hora de camino y cinco canciones tocadas en el reproductor, a eso de las once y treinta de la noche.... aquel mandadito se había vuelto un menudo agasajo a oscuritas.

El extasiado anfitrión ordenó a su chofer comprar las botellas del whiskey requerido y le dio una tarjeta de crédito que sacó de la bolsa de su camisola, misma tarjeta utilizada para formar líneas de coca para él y los demás. Marcos acompañó al chofer para asegurarse de la cantidad y calidad del licor a adquirir.

Cuando regresó el chofer desde la licorería, hizo señas a las otras dos camionetas para que se fueran adelante y ambos subieron. Marcos destapó una botella y la pasó para que bebieran de ésta directamente, al par abrió la suya propia e incrementó el volumen del estéreo hasta llegar al máximo. Sin duda, pudo advertir que aquellos traían el prelude de una orgía. El acto de beber directamente desde la barroca botella, resultó de tal sensualidad que las manos y ojos se coordinaron con el resto del cuerpo para dar paso a las sórdidas y oscuras caricias debajo de la ropa y, cuando Jorge Barrancas se bajó la bragueta del pantalón, ya las manos y las bocas de sus acompañantes en la parte trasera de la doble cabina, estaban haciendo lo suyo conducente.

Marcos desde el frente, tratando de mantener las apariencias para disimular que no veía lo que sucedía en la parte de atrás, gritaba las canciones y alzaba su botella, mientras que atrás los ocupantes, con los pantalones a media rodilla se acomodaban trabajosamente para intercalar sus humanidades de tal forma que a todos les tocara una parte del placer que famélicos daban y pedían. Con un ojo al gato y otro al garabato, Marcos, con la ira acumulada en todo su ser, ni si-

quiera se fijó que un convoy de policías estatales los seguía y les hacía señales de parada con luces pululantes y pitidos igualitos a los de un robot gigante cuando flatula fierro triturado, pero recio. Cuando el chofer le pasó la escuadra 45mm para atender la emergencia externa, suponiendo erróneamente que el iracundo copiloto sabía lo que sucedía fuera del auto, Marcos Urías pensó que ésta le había caído del cielo.

—Clávala —le dijo el chofer a Marcos. Sin embargo, lo que éste hizo fue quitar el seguro, girar su tronco hacia la izquierda, estirar el brazo derecho como pudo, pasar por enfrente de la mirada incrédula del chofer y echar cuatro balazos, dos para Benjamín, uno para Jorge y cuando la mano se dirigía al anfitrión del auto, el chofer le tiró un manotazo provocando que el disparo saliera desviado, impactando primero la ventana trasera de la camioneta y después a la patrulla de la policía estatal que los seguía e insistía en marcarles la parada... La respuesta del convoy de policías no se hizo esperar y con sendos disparos de armas largas abatió al chofer y al extasiado anfitrión que se encontraba, en esencia, ya baleado desde antes. Otro tanto de disparos recibieron Benjamín y Jorge en la embestida, pero ellos ya estaban fríos y muertos.

La lujosa camioneta, ya sin control, salió de la carretera quedando tumbada en un canal a la orilla de un cerco de alambre. Una camioneta de la policía, la que recibió el disparo, también perdió el control y se estampó con un árbol al otro lado de la carretera. Marcos salió del auto sin pistola y sin estar plenamente consciente de todo lo que en pocos segundos había sucedido a su alrededor. Algunos rasguños se podían ver en su rostro, pero milagrosamente sin impactos de bala en su cuerpo.

Las otras camionetas que venían delante de ellos se perdieron en el oscuro camino de terracería que llevaba al Ran-

cho El Arrumaco, sin percatarse del incidente.

Cuando los policías estatales se detuvieron para controlar el sitio, dar socorro a los policías heridos y dar parte del suceso, Marcos estaba parado, con las manos detrás de la cabeza, en shock, a unos pasos de los muertos, contemplando cómo aquellos tres, con los pantalones en las rodillas, todavía mantenían sus erecciones. Cuatro de las cinco botellas de whisky, y dos más de tequila, también tronaron hechas trizas.

Les llevó unos instantes identificar plenamente a los ocupantes fallecidos de la camioneta y, tras corroborar las identificaciones con el único sobreviviente, inmediatamente dieron parte a las corporaciones federales, quienes en cuestión de minutos tomaron el control de la situación con apoyo del ejército.

—No toquen nada y no hagan nada, sólo aseguren el área. —Dijo una dura voz en ton de mando al otro lado del radiotransmisor. Así lo hicieron.

Cuatro meses después de lo ocurrido, después de permanecer más de tres meses internado en un centro de rehabilitación donde pudo al menos dejar de tocar la guitarra, Marcos Urías aceptó un trabajo de animador y conductor en un conocido programa de un canal de paga. Presentaba videos gruperos, narcocorridos serreños y entrevistaba artistas conocidos del género.

A su lado en el programa de televisión, una joven y bella acompañante recibía con una sonrisa sus halagos, de la misma manera que los comentarios misóginos y machistas que llenaban las líneas del programa. Para cualquier cosa y durante una hora, bailaba a su lado con un sensual vestido y unos tacones tamaño rascacielos, mientras que Marcos obstinadamente intentaba hacer para las cámaras la mirada de francotirador y las poses que de manera natural le funciona-

ban a Jorge Barrancas en los shows de sus presentaciones. Su versión de lo ocurrido camino al Rancho El Arrumaco en Michoacán, jamás la contaría. Cuando alguien le preguntaba al respecto, invariablemente respondía:

—Olvídate de eso, ya pasó. —Y amargaba la cara.

Manuel Rodolfo Méndez Sepúlveda. (H. Caborca, Son. 1973) Refugiado en el submundo de la educación media superior, donde algunos le dicen profesor, lector esporádico de cuentos, novelas y cualquier texto que encuentre, se autoexilia intermitentemente de la tecnología y los demás engaños culturales asistiendo con entusiasmo a cursos de escritura creativa donde trata de arrastrar la pluma y manchar las hojas con sarcasmos de su propia vida y utilizando personajes que le salen de su cabeza ante la imposibilidad que de allí salga algo mejor a estas alturas de su vida. También ha participado en proyectos culturales como Vereda, Revista Cultural de Caborca (2003-2005) que le hizo convivir con amigos entrañables. Integrante del Club de Lectura *Duermevela* con quienes en ocasiones realiza actividades de promoción a la lectura.

Presagios

David Chavarín

Luciana Pérez miró a su esposo tendido sobre un petate, yacía todo muerto. Ahí estaba seco, flaco y relegado a un simple montón de huesos pegados a una capa de piel amarillenta. Difunto desde hacía siete días, aquel desafortunado pronto sería sepultado. Había perecido algo lejos de su pequeño hogar, entre las matanzas cuando pretendían derrocar a Don Porfirio.

Unos buenos vecinos le llevaron en una carreta tirada por una mula y, justo en el patio entre unos limoneros y yuca-tecos frondosos, velaron al infortunado. Luciana lo seguía mirando con aquellos ojos ya cansados de tanta lucha existencial, por tanto afán de esposa y de madre. Su mirada aún con brillo, se apiadaba de quien fuera su marido y recordaba sus propias palabras cuando le advirtió que no fuese a los alborotos que había en la ciudad:

—¿A qué te vas a donde hay gritería y camorra? ¡Hazme caso, hombre! Soñé que marchabas y luego volvías sin vida en una carreta de mulas.

Y así fue.

Ella miró cuando por el caminito que se abría desde la puerta de su casa, se acercaba la susodicha carreta, entonces no lo dudó: Su presagio fue cierto.

Cinco hijos le quedaron a Luciana, todos jóvenes casi de la misma edad. Eran feroces, muy machos como lo fue su padre y pretendían, en su inmadurez total, marchar y vengar su muerte; pero fue Luciana quien les dijo que pronto

acabaría todo, que sólo duraría un corto tiempo. Su esposo fue enterrado y su modesta tumba tuvo como única decoración una cruz de palos cruzados. Esta sería la señal para un nuevo presagio que Luciana tendría.

La mujer hablaba con ese marcado acento sureño de los campesinos del México de la Revolución. Así hablaban sus hijos y así hablaba su difunto marido, con las palabras mochas y el final cantadito de la región de lo hondo del valle.

—¡No vayan a los tumultos, niños! —Decía Luciana, mientras hacía la forma de las tortillas mientras amasaba.

—Soñé que una cruz se desbarataba y una voz saliente del hueco de la tumba, aún lleno de tierra, me decía que todo el alboroto y la guerra acabarían pronto.

Indiferentes aunque respetuosos de los designios de su madre, los hijos pensaban solamente en cómo pelear ante tanta injusticia, ante tanto prejuicio de ser llamados indios, por usar huaraches y vestir ropas de pobres. Comían frijoles enteros con tortillas recién hehecitas en el comal. No había chiles o queso, pues todo se acababa luego y faltaba el dinero. No llenaron sus estómagos, como sí llenas estaban sus mentes de deseos de lucha.

Admiraban al benemérito Juárez pero lejos de seguir su ejemplo cuando joven, pensaban que debían alzarse en armas como aquél lo hiciera, ya hombre, ante los invasores. Se hartaban de arar las tierras ajenas por un miserable jornal o de cultivar su huerto que les daba algunas verduras para irla pasando. Aquella pobreza no parecía sino alargarse.

—¿Por qué no si pueden sembrar vacas como si fueran rábanos? —Decía Herminio, el mayor de todos, pero el más fantasioso y quejón.

—De ser posible tu sueño, estaríamos sembrando vacas

en campos ajenos. —Replicó Isaías el menor, que parecía el más reflexivo de todos.

—Pues yo mismo propongo ir y unirnos a los grupos donde si pretende derrocar a ese viejo loco que se cree rey. Allá el nombre de nuestro padre es conocido.

—¡Cálmate, Joaquín. No seas impulsivo! —Expresaba Luis Ángel, quien resultaba el más pacífico de todos ellos.

—Tienes razón en lo de don Porfirio. El poder lo ha cegado y ha olvidado, o ha querido olvidar que es un indio igual que nosotros.

Alejado de los cuatro, José escarbaba en el huerto sembrando algunas semillas de chile. Escuchaba la viva plática de sus hermanos y, puesto que resultaba el más práctico de todos, clavó la pequeña pala de madera en el blando suelo para unirse a la conversación.

—No niego que tienen razón. Y debemos luchar, tal vez sea cierto... pero antes hay que dejar el huerto bien sembrado para que nuestra madrecita no sufra hambres. Igualmente, debemos sembrar hartos elotes pa que la provisión de tortillas no falte.

Tras las palabras de José, todos comenzaron las labores del huerto. Unos sembraban las semillas, otros arrancaban cebollas verdes y cilantros para hacer manojos y venderlos en el pueblo. Isaías y Herminio marcharon a la milpa, la cual se encontraba cerca del jacal donde todos vivían.

Eran todos ellos iletrados, jamás habían asistido a una escuela ni habían tocado un libro, pues su padre decía que aquello era cosa del demonio, que el que conocía las letras después quería apoderarse del mundo. A veces les afirmaba, con una rareza por demás extrema, que el hombre debía ser siempre como el niño que no comete maldades por

ser inocente, y que así debían permanecer, sin ninguna idea escrita o hablada por otro hombre, porque dejarían de ser puros. Sin embargo, con el paso de los años, cuando jóvenes, al experimentar los deseos de todo ser a esa edad, les dijo entonces que estaba bien que sintieran la necesidad de tener mujer y hasta yacer con varias, pero que sólo una sería su esposa. Fue por esos días que marchó adonde se manifestaban muchos grupos contra la dictadura porfirista y en una revuelta fue muerto de un tiro. Muerto el padre, los hijos quedaron a merced de un futuro negro, donde no existía otro medio para sobrevivir que el de la tierra, el de ser peón, el de vivir día a día humillados por los terratenientes, por los hacendados, por los que sí sabían leer y escribir.

Pero los cinco hermanos eran indios orgullosos y no aceptaban tener amo alguno. Vivían de lo que apenas ganaban y de lo que sus parcelas crecían.

Por dos años se prolongaron las penurias y carencias en el hogar donde Luciana vivía. Eran años malos. La tierra daba poco. La milpa a penas enseñó algunos elotes, por lo cual los hermanos se resignaron a ser peones y arrieros de una hacienda cercana, pero no tardaron en dejar aquello por el sentimiento esclavista, situación que se exacerbaba a cada día más en casi todo el campo.

A dos años de la muerte de su padre, comenzó a cobrar fama la bravura y la sublevación de un guerrillero llamado Emiliano Zapata, de quien los cinco hermanos no dejaban de hablar.

—¡Es la hora, se los digo! Hay que marchar adonde Zapata. Dicen que acepta a todos los que deseen luchar por sus tierras. —Exponía Herminio muy alebrestado de lo que sucedía y se escuchaba.

—¡Guarda compostura, Herminio! —Gritaba Luis An-

gel mientras arrancaba limones para vender en el pueblo.

—Antes debemos dejarle a la jefecita harto alimento pa que la pase mientras nuestra ausencia. Los otros hermanos asintieron al par y al paso de unos días, afanados en el duro jornal, juntaron algún dinerito en un paliacate y se lo dieron a Luciana antes de marchar por rumbos de Michoacán, por donde andaba Emiliano Zapata.

Fue una mañana de domingo cuando, reunidos alrededor del anafre donde Luciana calentaba las tortillas y los frijoles negros estaban al punto de hervor, los cinco se aprestaron a tener el último desayuno antes de partir. Del pequeño jacal se apoderó un silencio casi sepulcral; nadie se atrevía a decir a la madre que se irían a la lucha. Sentados en rústicas sillas alrededor de una mesa roída, mientras comían sus frijoles en pocitos de barro, se pegaban uno al otro con el codo para que alguno se animara a decirle a Luciana. Ella, con la cintura ya casi doblada y el cuerpo ya seco por la carga de los años y una vejez prematura por el tanto esfuerzo, advirtió desde días atrás que nada impediría que sus muchachos fueran a la lucha. Por eso, envolvió algunos kilos de tortillas en algunos manteles hasta hacer unos medianos fardos. En otros pequeños bultitos envolvió manojos de chiles jalapeños sin olvidar una bolsa de sal. Los dejó sobre la mesa dándoles a cada uno la misma porción.

Los miró mientras ellos bajaban la vista, avergonzados, porque en el fondo les daba miedo dejar sola a su madre, pero eran orgullosos y ninguno deseaba quedarse mientras los otros peleaban. Por eso Luciana, triste y pensativa, les dio su bendición haciendo la señal de la cruz.

—No los puedo detener. Vayan y luchen por una porción de territa, al menos si mueren, que sea sean sepultados

donde sean los dueños por derecho propio.

Los cinco se pusieron de pie y Luciana, con gran pena, sólo optó advertirles, como si fuesen unos niños, los peligros que les esperaban.

—¡Ándate tú, Herminio, ten cuidado de las balas, que eres harto valiente! Pero esos son los que no tardan en caer moridos. Y tú, Isaías, no quieras ser el mejor y te apuntes a cualquier peligro. A ti, Joaquín, sólo te pido que no te encorajines ansina tan fácil. Tú, Luis ángel, obedece las órdenes y no tendrás problemas.

Hizo una pausa Luciana y, tomando del brazo a José, le habló unos pasos aparte, pues era el que siempre pensaba en los otros antes que en él mismo.

—Allá entre las balas no hay tiempo para pensar. No seas tan bueno, porque serás el primero en jullirte al otro mundo.

Apenas vaciaron sus pocitos, los cinco hermanos se alejaron del hogar no sin antes abrazar a su madre. Ella los vio partir con una corazonada tan honda y tan fuerte, que supo, sin que algún presagio se lo avizorara, lo que sucedería... que no todos podrían regresar.

Unas horas después marchó a la iglesia más cercana, se arrodilló ante un crucifijo enorme, justo al centro de la bóveda, pidió en una silenciosa súplica por el bien de sus cinco hijos.

Pasaron semanas y meses tras la partida de los cinco hermanos antes de que Luciana supiera alguna novedad sobre ellos. Un buen amigo de Herminio la miró un domingo en la plaza del pueblo vendiendo mazos de rábanos y cebollitas, comunicándole que aquellos cinco eran aguerridos y leales a Zapata. Con esto, Luciana se contentó en su amor de madre y por otro período de tiempo igualmente largo no supo de ellos.

Ya lejanos los días de su última información, su mente

tuvo conocimiento de ellos otra vez, esta vez por un fuerte presagio: La visión hacía ver una batalla entre unos cerros pelones, horadados de tanta bala de cañón, con espesas capas de humo de donde salían gritos de hombres heridos, voces fantasmales. La escena era ruda, feroz, encarnizada. Muchos valientes estaban en el ejército del alto General, pero escaseaban las armas. Combatían a un nutrido grupo de federales bien equipados con rifles y fusiles de reserva. Muchos valientes pero desordenados soldados, intentaban lograr con un esfuerzo heroico, poner la contienda a su favor, pero dos calientes ametralladoras bien apostadas del bando del ejército, impedían el paso. Arribó entonces un teniente con una orden directa del General: Varios hombres debían arrastrarse con sumo sigilo entre los caídos, hasta encontrarse cerca de las ametralladoras y, una vez ahí, volarlas con cartuchos de dinamita.

Inmediatamente Herminio, Isaías, Joaquín, Luis ángel, José y otros cuatro soldados se propusieron para la peligrosa misión. Marcharían en dos grupos de dos y un grupo de tres. Cada grupo llevaría un cabo de dinamita y el que alcanzara la distancia necesaria, la arrojaría con la mecha encendida. Dejaron los sombreros y se tizaron la cara con hollín para camuflarse con la negra tierra.

Comenzaron a arrastrarse con dificultad, con los pechos pegados al suelo manchado de pólvora y humo. En un principio fue fácil el avance; el enemigo estaba muchos pies alejado, pero a medida que se acercaban, las nubes de humo eran menos densas. Como a treinta metros, un par de los voluntarios creyó el momento conveniente de encarar al enemigo y, más grande su valentía que su inteligencia, cometieron un error al ignorar que el cabo encendido tenía la

mecha demasiado corta. La fatalidad fue mayúscula. Antes de lanzarla explotó de lleno en sus humanidades, haciendo pedazos a los infelices rebeldes.

Los otros que se arrastraban suspendieron momentáneamente su avance por la clara evidencia de que el estallido alertó a los pelones. Las metrallicas arrojaron ráfagas adonde rugió el estallido y muchas balas se incrustaron en cuerpos ya muertos. Viendo el peligro inminente, un corajudo soldado, que además llevaba algo más de media botella de aguardiente de caña cundiendo en su pecho, decidió hacerle al héroe y al grito de “¡Viva Zapata!”, arrancó veloz entre los muertos esparcidos por doquier hacia donde estaba el pelotón federal, quienes al verle ya cerca lo masacraron a tiros. Llevaba la mecha encendida, que explotó pocos instantes después de ser alcanzado. Cuando la lanzó, demasiado tarde, sólo llegó a la mitad del camino.

Isaías, compañero de grupo de aquel incauto recién inmolado, se agachó como si pretendiese pegarse a la tierra, pero poco sirvió su maniobra: una granada arrojada le alcanzó de lleno. Los cuatro hermanos vieron cómo Isaías se retorció con lo poco que le quedaba de vida, tres de ellos, Joaquín, Hermínio y Luis Ángel, avanzaron esquivando las balas. Alcanzaron a llegar hasta el punto de las ametralladoras y, después de luchar cuerpo a cuerpo, liquidaron a los pelones que las manipulaban, pero sus pechos sangrantes de tantas heridas de bala de los contendientes, fueron señal inequívoca de una muerte inminente, pronta y aciaga... como la muerte anónima de cientos de miles de indígenas y campesinos de la revolución... como las muertes de millones de hombres de todas las revoluciones y guerras que al mismo tiempo ocurría en los primeros años de ese siglo XX a lo largo y ancho del mundo.

Los zapatistas exclamaron a coro un sonoro grito. José veía, entre gruesas capas de humo, cómo sus hermanos miraban ya sin vida, un cielo azul que se ensombrecía entre la volátil ceniza que todo el espacio cubría.

Justo entonces despertó Luciana.

Toda sudorosa la arrugada frente y llorosos los ojos de siempre resecos. Su boca chimuela se contraía en un gesto del todo contrario al simple sonreír, por el miedo espantoso sufrido a causa del sueño. Sus manos delgadas, huesudas, se unieron en el pecho en un movimiento reflejo, pidiendo en un temblor incontrolable la ayuda del Señor.

Había soñado aquella batalla donde cuatro de sus hijos morían a manos del fuego enemigo y, aunque parte de ella quería creer que se trataba de una pesadilla, sabía que era un presentimiento muy fuerte, del tipo de aquellos que nunca se equivocan. Un presagio más. El mayor de todos. Y así de inminente. Una tristeza muy grande acongojó su corazón y el sueño huyó de sus ojos. Perdió las ganas de vivir, de hablar, hasta de pensar, de saberse viva mientras ya sus hijos eran nada más sombras de la Historia.

Era aún de madrugada y, sin pensarlo, se levantó de su petate y colocándose el reboso salió del jacal para dirigirse a la iglesia del pueblo. Llegó como a las cinco de la mañana, entre una niebla ominosa que le erizaba la piel de puro temor. En su trance por el sueño terrible, se le figuraba andar por los senderos del mismísimo infierno, y que con seguridad se le aparecerían las ánimas de sus fieles difuntos, pero el canto de un gallo la devolvió a la realidad terrenal y entonces, al punto la niebla se fue disipando por la llegada de un fresco viento del amanecer ya cercano. Entonces, tras la delicada claridad, se dejó ver el templo.

Ya estaba abierta la puerta y por ella entró la vieja Luciana con el paso trémulo, llena de ansiedad. Se hincó ante la cruz del altar, rogando por sus hijos.

—¡Dios mío! Tú me mandas tantísimas señales y yo las acepto sin que naiden se entrometa... pero, se güeno conmigo, señor, y dame otra señal pa convencerme de este presagio.

La triste anciana se santiguó y depositó la única moneda que tenía en la caja de contribuciones, entonces salió para hacer la vuelta hacia su jacal. Iba con el paso lento de tanta tristeza. Los madrugadores transeúntes que la miraban pensaban que su lento y pesaroso andar era por su edad ya cansada. Y, efectivamente, desde esa noche del sueño los pasos entre las polvorientas callejuelas del pueblo, parecían haber mermado sus fuerzas, agotado sus energías y su vida. Quien la conociera y la hubiera visto, diría que aquella no era Luciana; pero súbitamente la mujer se perdió entre las veredas aledañas a las milpas secas, abrumada siempre, obsesionada con la terrible pesadilla que ella sentía en forma de presagio. Así lo sintió su corazón cuando supo que su esposo había muerto, ahora lo sentía con un peso aún mucho mayor.

Recordó entonces cuando arrodillada en el templo suplicó a Dios por una señal que confirmara aquel presagio que ella misma no quería creer y, justo entonces, escuchó unos leves gemidos que provenían del centro de una milpa marchita. Se detuvo y aguzó el oído notando que eran chillidos lastimeros. Se adentró entre las amarillentas hojas de los maizales y apenas al dar unos pasos, vislumbró claramente la señal pedida: Ahí tendida sobre unos bultos marchitos de hojas, estaba una perra, ya sin vida, muerta, y sobre su vientre se balanceaban cuatro cachorros que eran los que emitían los agudos lamentos, plañideros vocablos de incipiente

angustia... y un perrito más, que no se movía por estar sin vida, al igual que su madre.

Luciana cayó de rodillas al mirar aquello. Supo muy hondo en su corazón que su presagio era tan verdadero como los otros que antes percibió. Acarició el pelaje blanco de la perra y espantó las moscas que rondaban su hocico. Tomó al cachorrito muerto y lo colocó junto a su madre. A los cuatro inquietos que quedaban vivos, los apartó y los miró con ternura. Eran indefensos, apenas habían abierto los ojos. Con un palo que había cerca cavó un hoyo y sepultó a la perra y a su cachorrito; después, sudorosa y cansada por el doloroso esfuerzo, envolvió en su rebose a los cuatro perritos, los llevó a su jacal y los alimentó con leche de cabra.

Supo entonces que ella era la perra muerta y el perrito sin vida el hijo que no había visto morir en su presagio. Por eso se entregó con absoluto amor al cuidado de aquellos perritos que, al paso de unos cuantos meses, eran grandes ejemplares como lo fue su hembra madre. Inusitadamente, aquellos canes eran toda la felicidad de Luciana. Compartía su comida con ellos y éstos la seguían a donde ella fuese. Eran sus eternos guardianes. Apenas de verlos crecer, le puso a cada perro el nombre de sus hijos. Al más travieso y grande lo nombró Herminio, al más goloso lo llamó Joaquín, al más bravo lo apodó Luis Ángel y al más tímido, pero que jamás se cansaba, le dio por apelativo Isaías.

Cuando pasaba por el pueblo seguida de los cuatro canes, la gente la miraba sorprendida. Y más se asombraban cuando los llamaba igual que a sus hijos. Un anciano amigo de su esposo, intrigado por ello, la atajó en la plaza y deseando conocer aquel misterio le hizo saber su sincera duda.

—Luciana, escuché que nombras a estos perros con el

nombre de tus hijos. Ella, con toda franqueza, le contó su sueño y el interlocutor nada más se rascaba la cabeza al creer cosa de locura lo que Luciana decía; pero al notar que eran cuatro perros y cinco los hijos que él recordaba, no comprendió la falta del otro.

—Si te preguntas onta mi otro hijo que se llama José, ese meritito anda vivo y luchando. Luciana dejó solo, a media calle y pensando al amigo de su difunto esposo, y marchó a su jacal acompañado de los cuatro canes que le seguían como sombras.

Con el tiempo, los del pueblo pensaron que había enloquecido y le tenían piedad, pero ella demostraba siempre una actitud positiva ante la pobreza total que aquejaba su vida.

Pasaron cuatro años y los perros, ya adultos y fuertes, se paseaban por rumbos aledaños al jacal de Luciana. Los feroces ladridos ahuyentaban a quien se acercaba y eran bravos, salvajes, con cualquier extraño. No obstante, en esos cuatro años, Luciana envejeció todavía más. Su mirada se perdía ahora en una extraña niebla, su pelo era como un día cerrado por una nube blanca y enorme. Su memoria le jugaba trampas como laberintos... Caminaba con una evidente lentitud y dificultad. Llevaba meses alimentándose sólo con atole porque, al final, su boca quedó desprovista de dientes.

Era entonces una fresca noche de octubre. Sobre los cerros verdes se alzaba una luna redonda, amarilla, que se adentraba en los jubilosos ojos de la vieja Luciana. Después de alimentar a los cuatro animales y tras acariciar a cada uno de ellos en sus suaves cabezas, sintiendo su lomo como quien siente algo muy tierno y muy suave, se recostó en su petate donde un rápido sueño le cerró los ojos.

Ahora se veía de pie mientras les daba trigo a las gallinas que tenía en un corralito a un lado del jacal. Luego

pasaba a la pequeña parcela donde se afanaba alegre arrancando chiles; después de encender el fogón se arrodillaba en el suelo y sobre el metate machucaba el maíz, mientras su mirada se perdía en la verde milpa llena de grandes mazorcas. Entonces acudían sus cuatro perros, sus hijos, como los llamaba, y éstos, al notar la presencia de un jinete que se aproximaba, lo acecharon ladrando con vehemencia animal; sin embargo, ya enfrente de él, algo los calmó de repente, y ninguno de ellos se alebrestó contra él. Luciana se puso de pie y, bajando su rebozo al cuello, miró que por la pequeña vereda por daba al jacal, se acercaba un hombre montado en un brioso caballo. Entonces sus ojos se aguaron y nada, ni la milpa verde o el cielo limpio de infinito azul, le pareció tan bello como la presencia del hijo que añoraba ver. Ahí estaba José, el único al que las balas arteras no pudieron tocar. Bajó de su caballo, corrió hacia su madre y la estrechó por fin con un fuerte abrazo.

Así amaneció el jacal de Luciana, donde yacía ya sin vida la sufrida madre sobre su petate, con una sonrisa en sus labios: El último presagio, en torno a su muerte, no fue uno funesto o triste sino dulce, porque pudo ver al fin al hijo que volvía en un momento de alegría plena.

Mientras, en la realidad, los cuatro perros echados a un lado de Luciana, como cuatro cirios formando un velorio, como cuatro hijos haciendo una guardia, tristes por sentir en su instinto aquel hondo deceso, contemplaban a un hombre descender de un caballo, llorando amargamente por su madre muerta... a la que no alcanzó a decirle:

—¡Mamá! ¡Estoy vivo! ¡He vuelto!

David Jaciel Chavarín Vargas. (H. Caborca, Sonora) Lector asiduo y escritor aficionado. Miembro activo del Club de Lectura *Duermevela*. Miembro activo del portal electrónico *Poemas del alma* en el que publica con el seudónimo *Flack*. Suele ofrecer charlas en escuelas y bibliotecas sobre la lectura de obras clásicas como *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*; *La Divina Comedia*, *La Ilíada* y *La Odisea*, las creaciones de Shakespeare; Edgar Allan Poe; Edmundo de Amicis; y otros.

Ha publicado obras de narrativa en la página de Amazon: *El pícaro de tiempos modernos*. (Novela picaresca); y *Almas de fusil* (Cuentos sobre la Revolución Mexicana).

Un grito que clama en el desierto

Eduardo García Burrel

Hay quienes dicen que recordar es vivir. Yo creo que vivir y recordar es anticipar las proezas y virtudes de todo hombre. Proezas ocultas que rasgan el alma de quien no sabe contar su historia, de quien no sabe externar un grito ahogado en lluvia pretérita.

A veces hay que viajar al pasado para poder recordar nuestros orígenes; es el acto metodológico de todo individuo y toda sociedad. Es el escalón de inicio hacia el ascenso de un destino incierto. Incierto como ese niño que camina y en ese caminar vende pan de levadura en un balde de plástico cubierto por una servilleta de tela seca y húmeda... humedecida y seca.

Ese niño no sabe que construye su futuro. Él ignora que sus pasos son pasos hacia una madurez intacta. Madurez que desatará su alma de niño y la dejará retozar como potro sin rienda, como viento sin dueño, como luz sin la sombra. Él toca puertas y en el tacto de esos golpes y el sonido hosco de la madera o fierro que duelen sus nudillos, vuela el viento entre sus dedos... como congregando una esperanza de vida ante la mirada fija y perdida, como si los años se hubieran evaporado ante sí mismo. Como si la vida no fuera vida sino sólo pasado de un pasado que aún no ha pasado...

Él clama la venta del pan de levadura en una voz no externada. Su mirada vende el pan. Los vecinos lo conocen y saben que las palabras vivas en la boca muerta no tienen mucho sentido. Es un pueblo de pocas palabras pero muchas miradas; de pocos gestos pero mucho entendimiento.

La utopía correcta para el que sabe del pasado. Ese pasado que sólo se aprecia si fue bien vivido...

Su pueblo ha sido un pueblo de bocas calladas, de largas miradas, de sombríos ojos en los que se resguardan años de tradiciones de silencio... Ese niño lo sabe y lo ha sabido siempre. Desde antes que vendiera pan de levadura de Doña Rebeca para los vecinos, desde antes de jugar al bote robado con sus amigos, desde antes de trepar árboles, desde antes de pedirle a su bisabuela que le comprara unos Rancheritos y una soda en el changarro de Portillo, donde un papel y letra manuscrita valían más que una moneda o un billete.

Es bello recordar cuando una bolsa de papitas y una soda costaban quinientos pesos de los de antes, antes de que le quitaran tres ceros al valor del dinero, al valor de la posibilidad de comprar más con menos. Portillo lo sabía y lo supo siempre. Dicen que murió de cáncer. Ese niño sabía en su interior que fue algo más que eso. Posiblemente el hecho de que las cosas costaran más de lo que era el precio justo. Posiblemente el hecho de ver sola su tienda... posiblemente.

Su esposa, la maestra Guillermina, compartía su misma angustia y su mismo dolor. Ella representó siempre el lado intelectual de la colonia. Maestra normalista y de verdadera profesión. De años y años de amor hacia el conocimiento y hacia las generaciones venideras, prometedoras de un mejor pueblo de trabajos inciertos, de un futuro incierto pero seguro y bien situado en el mundo de la educación.

El niño recuerda las lecciones de vida bien intencionadas de la vieja escuela. El profesor con disciplina militar, dictador total de la clase, donde dejar parado por una hora en el rincón del salón a un alumno, con orejas de burro, era un castigo ejemplar. Donde un reglazo en la punta de los dedos

era más eficaz que cien años de terapia. Donde una verdadera enseñanza de lectura era cronometrar las letras leídas por segundo. Donde los padres eran padres al respetar cada castigo, cada tarea y cada calificación. Es triste ver cómo las cosas cambian para mal y a veces para peor.

Eran tiempos donde las escuelas eran escuelas porque se dedicaban realmente a serlo. Jamás fueron guarderías, eran recintos de conocimientos, de experiencias y prácticas sociales, familiares, políticas, religiosas y demás; todo en un solo lugar y un solo espacio. El niño disfrutaba de trepar la barda, de correr sediento al bebedero de agua de la llave, íntegra y directa de la tubería. Agua no cuidada por el hombre sino purificada por la naturaleza de los mantos acuíferos, de las tuberías indiferentes para el hombre. De enamorarse de la niña que nadie veía. De las pocas que guardaban todo en su corazón, en su interior. Ella de quien sólo podías ver el amor en su mirada y nada más. La que dibujaba mejor, la que lograba una mejor calificación y amplificaba su belleza sólo con el poder de un moño colorado y con verte directamente a los ojos.

Eran tiempos en los que una tienda de abarrotes era sólo una tienda. En ocasiones se extendían a fungir el papel de *tiendas de raya*, como el caso de *La Jalisciense*, donde Don Manuel dejaba su pago semanal por comida para el sostén de su familia. Todo a cambio de ser el velador de un hotel donde el propietario era el mismo de la tienda. Podríamos decir que: *Cualquier parecido con la realidad, es pura y merca coincidencia...*

Los primeros supermercados fueron la gran innovación para el pueblo. La primera *súper tienda*, como se hacía llamar, fue la de los Pesqueira. Estas empresas aportaron una economía creciente a Caborca, a través del crédito a los dis-

tintos campos de la región. Eran centros comerciales vanguardistas que vendían más imagen que productos, más ofertas que números y más luces que estantes. Junto con ello creció el modelo parásito de los taxis de sitio. Un conjunto de personas con disposición completa al servicio de los compradores. Eternas gárgolas al acecho del sonido de bolsas de mandado, de personas con niños llorando grito a pecho por no caminar más. De personas con ansias de pasear en auto ajeno, cómodo y con olor a lujo. Un lujo que no se veía en los peseros, esos pequeños camiones que hacían sonar sus ventanas sueltas en las diversas calles de terracería de Caborca. Fue por años el transporte del pobre. El caballo leal de los caminos polvorientos y áridos en los que crecieron los pobladores. La imagen real de un pueblo con historia.

No se sabe realmente si su nombre se debía a que cobraban por pesos o porque al ir repletos simulaban una pecera pero de humanos. Todos los peseros, sin importar las rutas que tuvieran, convergían en un mismo lugar: La Plaza 6 de abril. Fue allí donde multitud de viejos disfrutaban de diversas charlas matutinas, donde se compartían a diario fases y frases del ayer sin darse cuenta que ya eran parte de la propia memoria tan reciente y tan fresca, pero memoria al fin. La Plaza 6 de abril era el espacio idóneo para disfrutar de una nieve de chorro o de una nieve de garrafa, lugar donde ese niño jamás olvidado disfrutaba jugar "maquinitas", mientras cholos sin profesión ni oficio alguna vez robaron su precioso transporte: una bicicleta. Lugar de choques culturales por las vestimentas y los pensamientos; a su vez el camino obligado hacia la misa de domingo, porque la iglesia era vista y presencia de esa misma plaza desde que nació la memoria del pueblo, tan lejos en el siglo. Antes de nuestros

pasos pero después de la primera antigüedad de los primeros viejos... lo más viejo del Caborca Nuevo, después del Pueblo Viejo y de su inundación.

El Templo de Nuestra Señora de La Candelaria fue uno de los primeros que edificaron la fe conservadora y prejuiciosa en Caborca. La encargada de fomentar ese miedo latente y tan necesario en cada una de las conciencias. La autoridad inmediata: El Padre González, era el pilar rígido y atemorizante al momento de la confesión, pero para las mujeres de la tercera edad con vestimenta de negro, sólo era la admiración y aclamación total. La conciencia directa del verdadero católico. La guía espiritual de un santo postrado en un mortal.

Doña Juanita era madrugadora, mujer asidua al catolicismo y a las oraciones matutinas y nocturnas. Fiel seguidora de los rosarios en compañía de las demás feligresas de *La Vela Perpetua*. Madre estricta y bisabuela conservadora, siempre preparando sus alimentos con sus propias manos, amante innegable del té preparado con plantas de su amado jardín. Una mujer constante en sus quehaceres diarios, más en referencia a su bisnieto Lalito, a quien a diario dedicaba parte de su tiempo, férrea voluntad y esfuerzo de prepararle tortillas de maíz para paladear con huevo o chilaquiles. Cada vez que tejía un gorro para ella de igual manera tejía otro para su bisnieto. Prácticamente ella revivió su tiempo ya fugado de madre en la crianza de él, ya que el niño por veces se dormía con ella, luego también era quien la acompañaba a la asamblea de la Iglesia que es la misa, y con quien compartía las oraciones de noche... y quien le enseñó a ser atento, cortés y siempre caballeroso con las damas. Hábitos que ya no se ven hoy en día y que lo llevarían a ser un hombre distinto en el futuro.

En la plaza había varios boleros, pero ninguno tan estricto en el desempeño de su labor como Antonio Leyva. Uno de los pioneros en el arte de la boleada. Era el padrino de primera comunión del niño de esta historia. El buen hombre fomentaba a diario el trabajo honrado, fue de los pocos en el pueblo que sabía rezar un rosario completo. Hombre trabajador que sólo lamentaba una cosa: Vivir solo. Sin nadie a su lado pese a su juventud. Él siempre le decía a las personas que conocía, a quienes hacía sus amigos: *Vénganse a vivir conmigo, es triste y muy fea la soledad, algún día moriré yo solo aquí...* Y tuvo razón, murió asesinado por unos cholos, y por tanta soledad...

Un día ese niño escuchó la historia sobre los dos primeros autos en Caborca, anécdota que cuenta cómo tristemente y a manera de comedia accidental, chocaron. Todo sucedió en la calle principal, la calle Quinta, llamada también Álvaro Obregón, al cruce con la Calzada 6 de abril, justo donde antes se veía erguido el Molino Harinero San Carlos, ese gigante antiguo de ladrillos y hoyos que se quedó de pie aun después del terrible incendio que lo consumió. El chico también escuchaba charlas de personas mayores que mencionaban cómo las primeras gasolineras tenían servicio por nivel. Era tan económica la gasolina que el litro valía apenas centavos: todo era menos preocupante que en la actualidad.

Caborca nunca ha sido un lugar turístico. En la actualidad se lucha por perpetuar ese pensamiento y sembrarlo en la conciencia petrificada de las personas, pero la edad y el olor a pueblo eterno no mienten. Antes se decía que Caborca era un pueblo ciclistero. Hoy en la actualidad cualquier *burrero* con quinientos dólares puede tener un auto. Esto ha hecho que Caborca haya crecido en autos pero no en conciencia. Caborca ha dejado las rutas de tierra por pavimentaciones

de baches. Bache tras bache tras bache que se subsanan uno tras otro, como los recuerdos en la piel de las personas de los viejos años en que tenía valor ser caborquense...

Comentó un día ese niño acerca de su abuela: Doña Carmen, señora arisca, criada a la antigua, cuando una frase de cariño sería: "Quítate pendejo" o "Vete a la fregada, baboso". De ser así, había dos alternativas: La primera sería que no le caíste bien; y la segunda, que podría estar enferma. Ella fue mujer recia, sobreviviente viuda en un mundo de machismo, donde tener que sacar adelante a sus siete hijos, sola, era el pan de cada día. Quienes la conocían le decían *Nina*, más que nada los hijos de los vecinos, los chamacos del barrio. Ella dedicaba su tiempo a edificar una piedra diferente en el arte culinario. Era como si enjugara sus penas en cada caldo, en cada sartén de verdolagas, en esos frijoles enteros de la olla, en las tortillas recién hechas untadas con mantequilla; en esa salsa casera de ardiente viento en los ojos, en esas tortillas sobaqueras, en ese molino de hierro... cómplice de maíz y pinole, rescate único de nuestras raíces...

Su casa es un hogar de diversas plantas desérticas. Los vecinos se deleitan con ese paisaje dicotómico entre bellezas verdes y áridos plantíos. Es como si el desierto entero se prefigurara en ese pequeño pedazo de mar sin agua, de cielo sin color, de viento sin vida... El fondo es un terreno crecido, con pequeñas montañas de terrones, duros como piedra y estáticos como soldados. Había también un auto blanco, un Ford sin modelo, porque al igual que el pueblo sufría la desmemoria que llega con el paso del tiempo, tanto tiempo. Carro donde un grupo de niños brincaban, subían y bajaban, entraban y salían, carro que jamás tuvo dueño y si lo tuvo fue de manera anónima... o colectiva, carro de nuestros juegos, carro de nuestra infancia, como si en ese preciso momento fuera necesario su anonimato

a cambio de sonrisas, diversión y recuerdos.

Caborca es uno de esos pueblos que se ha conocido por el prestigio de su río que, aunque siempre está seco, ausente su corriente, la gente de antaño deleitaba sus días buscando leña en sus alrededores... y hoy en la actualidad la gente lo disfruta paseando en sus autos de tracción todo terreno entre sus arenas. Su suelo suave, arenoso, representa esa falta de agua que ha caracterizado al desierto de Sonora, a su río inconstante. Y todo en esa parte antigua de nuestra ciudad, salvaguardado por la iglesia de Pueblo Viejo. El Templo de La Purísima Concepción de Caborca. El primer templo histórico donde se congregan año tras año los pobladores para los festejos cívicos y culturales de las fiestas de nuestro 6 de abril.

Nuestra historia es una historia épica llena de lucha y valentía por seres del pasado, seres de fuego y tierra. Hombres y mujeres que salvaguardaron su forma de vida y su nacionalidad ante una invasión extranjera. Hay quienes aún se preguntan si fue un acto heroico o un acto erróneo, ya que la idea de ser ciudadanos norteamericanos no ha sido totalmente desechada para muchos ciudadanos comunes y hasta para uno que otro historiador hoy en día.

Ha sido difícil hablar de todo lo que ese niño ha vivido. De su abuela, de su bisabuela, de su trabajo humilde de vender pan de levadura elaborado con las manos de amor de Doña Rebeca. De sus visitas constantes a la tienda de Portillo, de jugar maquiñitas en la plaza del pueblo, de observar miradas torturadas en la eterna redención de la fe y de la devoción... y al final, de sentir el orgullo de decir que soy yo. Que yo he sido ese niño en el cual hoy revivo, en el cual hoy recuerdo y retomo esa humildad que hoy invade mi corazón. Hoy mi cuerpo adulto ha muerto pero mi alma ha volado hacia el pasado en busca de ese ser que fui... en busca de ese niño... ese que no debí dejar de ser jamás.

Eduardo García Burrel. (Hermosillo, Son.) Lic. en Literaturas Hispánicas y Maestro en Educación. Profesor de Redacción y Literatura en el Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora, Plantel Caborca. Autor del poemario *Vivencias de mi Desierto*, 2012. Ganador del Segundo Lugar en la categoría de Crónica en un certamen estatal convocado por el Colegio de Bachilleres y la Universidad de Sonora, con su obra “Voz del viento”. Trabajador orgulloso de las letras, también laboró en la Biblioteca Pública Municipal “Profesor Eduardo Estrella Sotelo”, ofreciendo talleres literarios. Continúa apoyando y colaborando en la operación de círculos de lectura con los estudiantes de preparatoria.

RELATOS INVITADOS

El último arte

Luis Álvarez Beltrán

Hermosillo se abre de sol y de ciudad. Las calles proyectan a los carros a sus derroteros consuetudinarios. El modelo de cada auto personifica al conductor, casi lo viste, lo peina y lo rasura, en el caso de ellas las maquilla, las peina y las viste. La media tarde es fresca aunque muchos anticipadamente habíamos despedido al invierno para protestar por el calor y los recibos de la CFE. Es martes de ser libres y por la noche seguirá el Festival *Un Desierto para la Danza*, pero yo pasaré en esta ocasión. Me espera una formalidad en la Sociedad Sonorense de Historia y cenar con un abogado que es amigo mío y amigo de El Quijote de La Mancha. Me hablará de El Ingenioso Hidalgo con pasión de espeleólogo en Nepal antes de un terremoto y mientras él toma vino yo tomaré cerveza oscura con moderación.

Pero antes, en este postrero mediodía de dilemas menores que me hacen dudar si molestar a Carlos Sánchez para vernos de tarde sin efectos, o molestar a Richard Félix, el autor de *Las Surrealistas Aventuras del Doctor Mingus*, e irrumpir en sus siestas de tarde donde aparecen vedettes rusas y escritores barbudos que sirven como epifanía de un nuevo relato para mi amigo escritor; o meterme de plano a un restaurante o bar por aquí por el Centro para ver el Barcelona – P. S. G., juego de trámite; o lanzarme a Educal a reproducir el doloroso happening de comprar libros de ella, para ella, dedicados a ella, pensados para ella (y los años felices), mas antes de todo eso debo bolearme los zapatos porque-esto-ya-no-se-soporta. Hablo de la vista no del mal olor. Odolex chamea cada centavo

lo que cuesta para ahorrarme bochornos y paliar vergüenzas.

Es la cuchilla que te saca de la zona comercial de la Calle Rosales, misma que va a la Unison. Yo digo calle, no sé si es avenida, no estudié en Hermosillo, solo soy visitante infrecuente, la avenida que cruza se llama Serdán, Aquiles Serdán me imagino. En esta especie de mini parque o mini plaza en forma de cortadillo, hay un busto dedicado a Rodolfo Campodónico; a un ladito el Hotel San Alberto nos observa dominándonos desde su gigantéz *sigloveintera* de caja de zapatos con ventanas exhaladoras de fétidos alientos, destinado a quemarse horripilantemente en cualquier futuro para conmoción y emoción de cronistas de cabellos grises. Es la cuchilla que, como pasadizo te saca del área comercial y te lleva, promediando una pendiente leve de algunos de veinte grados y una caminata de sesenta metros, hacía los edificios públicos, el centro de gobierno municipal y el centro de gobierno estatal. Después la Casa Hoeffler, Museo de Culturas Populares e Indígenas y ahí mismo la Librería Educal. Un día dejaré de ir a ese lugar y entonces seré otro.

Por el momento, en esta placita o parqucito Rodolfo Campodónico, debajo de un inmenso árbol *yucateco*, amable, generoso, que prácticamente hace que uno piense que el aire de Hermosillo tiene un color verde, frondoso hasta lo sensual, aquí todo es quietud y descanso. Un oasis para los que andamos a pie. Abro el celular y escribo a los de mi club de lectura *Duermevela*, nigromantes literarios amigos de mi pueblo, avisándoles que compraré libros para que me guarden cincuenta pesos como coperacha. Todos dicen que sí. Tantos años de deleite lector convoca fácilmente al aquellarre de adoraciones leves: Por estos días Ricardo Chávez Castañeda, Pedro Ángel Palou, Bernardo Esquinca, Chimal y Chimal, Rivera Letelier, Álvaro Enrique, Juan Gabriel Váz-

quez, iremos sobre Uribe, iremos sobre Guadalupe Nettel, iremos dijo el otro.

—Veinte pesos la boleada, señor. —Me dice un desvalido hombre.

La imagen no califica los sesenta kilos en su metro y sesenta de estatura que acusa su dolorida pero aun consistente osamenta que reproduce la pinta, la jerga y los arreos que lo escanean como, es verdad: Un bolero. El señor ofrece el servicio y en la oferta se denota una especie de plegaria, petición, favor, atiéndame esta necesidad de trabajo que doy, de trabajo que hago.

En la Plaza Hidalgo no encontré ni un bolero. O mejor dicho, en la Plaza Hidalgo el día anterior el bolero no encontró ningún cliente y se fue antes de que yo lo buscara; pero pasó ese día con su tarde respectiva de chicas en la alberca en el Hotel Colonial y noches de Danza en la Casa de Cultura y cervezas con Carlos y con Ricardo Félix y conocer a Manu, el hijo de la novela *En el mar de tu nombre*, encantador, rollizo, sano, con la mirada triste de los que aman o de los que ven en la belleza al captar los colores. Ojos de soñador igualito a su padre. Pasó entonces el lunes y promediando el martes boleó mis zapatos.

—Nomás no use agua, señor. —Digo al bolero.

Con unos ojos antiguos y sabios como los diez mil años que nos distancian del surgimiento de los reinos egipcios, me dice que está bien, sin cuestionar, sin chistar. Es un hombre tan serio como firme. Así es su semblante.

—No sé por qué les gusta usar agua cuando van a bolear zapatos. —Le comento, al mismo tiempo que aprueba mi visión, replicándome que a él tampoco le gusta usar agua para hacer su trabajo.

—¿Pone grasa o solamente usa crema? —Le cuestiono mientras empieza a trabajar sobre mi zapato derecho, el cual trato de mantener firme a pesar de que mi rodilla está despedazada por dentro y se duele al mínimo movimiento extraño que la hace girar.

—Uso tinta, crema y grasa, señor. —Me responde el bolero y me deja perplejo, callado, avergonzado por mis impertinencias.

El señor emprende con débiles esfuerzos manuales su trabajo y observo que cepilla displicentemente de abajo hacia arriba y en direcciones oblicuas mi zapato derecho, y no de un lado a otro como indican los cánones. Con todo, tienen un tacto maestro. Cuando termina mi primer zapato éste luce impecable, pero por petición mía sólo ha utilizado la tinta y la crema, sin grasa, y después me muestra un bote de grasa neutra que utilizaría en caso de que yo gustara.

—El izquierdo boléelo como usted lo hace. —Observé. Entonces el señor comienza a bolear y me cuenta su historia.

Se llama Alejandro García López nació en Costa Chica, Guerrero, Municipio de San Marcos. Era jornalero en el Poblado Miguel Alemán, costa de Hermosillo, donde estuvo por años, pero la crisis lo expulsó a la ciudad para atenderse el gran problema masculino de siempre, el cáncer de próstata. Le faltan quinientos cincuenta pesos para pagar esa operación que lo puede salvar. El doctor dirá si opera o no, faltan varios días. Su delgadez proviene de su enfermedad. Una sonda parte en dos su armazón física y tal vez parta en dos el destino de lo que es ser o no ser. Tiene hijos y nietos. Uno de ellos arribará a la ciudad y una de ellas ya vive en la ciudad; pero la incertidumbre está ahí, la urgencia, la premura de resolver algo grave, tal vez definitivo. Sin embargo el semblante, la entereza, la hombría, reflejan que enfrenta las cosas con madurez sobrada, valentía, ánimo dispuesto,

esperanza y esa fe que no se dice pero se demuestra.

Ya conmovido por encontrar en el primer prójimo que me encuentro con una historia de circunstancia extrema, miro y admiro el zapato que me llevara a Educal a preferir la colección de relatos *Hipotermia*, de Álvaro Enrique, sobre la novela *Autorretrato de Familia con Perro*, de Álvaro Uribe, entre Álvamos te veas y faltaría Mutis, soy un lector mamón como pueden notar. En ese andar entre libros habré de postergar y dejarlos de lado tres librillos de premios nacionales de literatura juvenil, ahí esperarán, pacientes, amarillos, mugrosos, manoseados. Y por último, el hallazgo para Sara y Sofía: *Pedro y El Lobo*. Años buscando el libro de *Hipotermia*. Años buscando en DVD *Pedro y El Lobo* para mis gemelas, ganadora del Óscar a mejor corto animado la década pasada. Una pequeña obra maestra.

Pago a don Alejandro, recuerdo mi católico origen traicionado y lo bendigo, diciéndome que debo contarles esta historia a mis amigos de aquí la capital, para que vayan al Edificio del Supremo Poder Judicial del Estado a bolearse los zapatos con él y ayudarlo para su operación. Don Alejandro tiene una mirada que hace sentir bien. Es una persona sencilla, sin rencores que salgan de su boca, sus ojos, su estómago y su corazón. Es un señor bueno, con hálito de vida, que espero dure mucho.

Fui bolero en Minneapolis-St. Paul, Estado de Minnesota en el año 2000. Ejecutivos de todo el país llegaban a bolearse los zapatos que prácticamente lucían limpios. Una boleada simple la cobrábamos en cuatro dólares. A veces dejaban un dólar, dos dólares, hasta seis dólares de propina. A veces ganábamos veinte o hasta treinta dólares en un día con las puras propinas. Aparte nos pagaban una comisión de un dólar y medio por cada boleada que pegábamos. La boleada

de lujo costaba seis dólares. A mí me daba vergüenza cobrar eso y la famosa boleada de lujo, una simplada, grasa agregada y doble trapo, la cobraba tan sólo a cuatro dólares. El cliente se iba fascinado. A veces daban propina espléndida, a veces normal, a veces nada. Los texanos nunca dan propina. Ni modo, qué se le va a hacer.

Fui bolero fui en Pittsburgh, Pennsylvania, el año 2001. Mi nombre de ilegal era falso: Joseph Francis Xavier Armagh, el nombre del héroe irlandés de la novela *Capitanes y Reyes*, de Taylor Caldwell. El 8 de septiembre arribé a esa ciudad. En el viaje que me llevó de San Diego a Dallas-Fort Worth mi compañero de asiento en el avión, un costarricense, me presumió que su país no tenía ejército. Yo pensé contestarle que en mi país los gobiernos no tienen madre, pero me callé por educación. Tres días llevaba de bolero en Pittsburgh y el martes muy temprano el primer cliente del día me avisa como comentario ligero que no pude o no quise atajar debidamente, versaba sobre un loco que había estrellado su avión en el World Trade Center en la ciudad de Nueva York. Pensé en una avioneta bimotor. Un accidente con una sola víctima.

No era una avioneta bimotor. No era una sola víctima. Era el ataque del 11 de septiembre. Un avión cayó ahí, cerca de Pittsburgh, en Sommerset. La industria de la aviación se vino abajo y las medidas de seguridad en el aeropuerto nos pusieron de puntitas en la calle a todo trabajador ilegal. Mi literario nombre de *mojado* casi me ocasiona la cárcel las siguientes semanas.

Sí, fui bolero. Sudaba a chorros al cepillar y dar trapazos a gran velocidad. Antes de eso yo no tenía músculos en el cuello. Ahí se me formaron. A veces el sudor que caía de mi rostro mojaba los zapatos que boleaba. Los clientes se fijaban

y hacían gestos. Alguna vez fue el llanto. Estados Unidos es una especie de prisión para los mexicanos con espíritu libre.

Sí, fui bolero. Jamás tan bueno como don Alejandro.

Trémulo horizonte

Carlos Sánchez

Y fue un día que lo escuché en soliloquio. De cuando visitaba la plaza, por las tardes, con mi cajón de bolear, en búsqueda de clientes.

Qué privilegio la memoria. Como un reproductor. Intacto se me hundió en los oídos su discurso que me significó la genialidad desde el pensamiento. Quienes también fueron testigos esa tarde, lo llamaron desquiciado, lo soslayaron porque nada importante puede ser lo que diga un indigente, decían.

Me acerqué y le hice varias preguntas. Sus respuestas parecían no tener nada de coherencia con las interrogantes. No obstante la comunión nos alió. Ante un río de voces y burlas, conversamos. O más bien, él conversó. A la distancia me pregunto cómo es que recuerdo aún el discurso del señor escueto, escuálido, meditabundo y altoparlante. La estridencia de su voz que nada tenía que ver con la sumisión de sus ojos. Esta es su voz diciendo, la recuerdo perfecto:

Me arrastro. Hundo mis uñas en la tierra para soportar el cuerpo entero. Mi aullido intermitente se cimbra en el vacío. Los árboles se me dibujan imposibles. Están allá, en la lejanía de mis fuerzas. Están allá, dándole su sombra a la tierra, a las aves que pastan juguetonas.

Postal de la derrota, fotografía de una competencia inconclusa, a la que se llega sin pensarlo. Vine porque así lo dispuso la vida. Vine a este lugar después de quién sabe dónde o cómo.

Estoy aquí, con la mirada difusa, intentando descifrar la distancia para alcanzar el lecho, la fragancia de la tierra, humedad del riego, la parcela donde tampoco se sabe cuántas manos construye-

ron, cuántas historias se fraguaron para llegar a este instante.

Una vibración en mi interior impide cerrar los ojos, siento cómo irriga apenas un tic tac cada vez más pausado. Levanto la mirada, vuelvo al ocaso, la lejanía del objetivo. Allí será mejor, allí se puede, concluyo.

Las manos me traicionan, las uñas parecen claudicar. De pronto la devastación. Otra vez el sinsentido. Apenas un halo que levanta la tierra. A lo lejos vuelven las imágenes. Las que ya son recurrencia inevitable, llegan quién sabe de dónde y por qué.

Y están allí, los sonidos de una banda, la música de mi infancia. Mirarme hacia adentro es volver a las vaquetas sobre el tambor. Un redoble, el golpe sutil bajo las órdenes del director. El pueblo y sus calles, el domingo en la plaza, los niños en el quiosco. Abajo, sobre la duela bailan las parejas, señores de sombrero, mujeres de vestidos largos y abanico en sus manos.

Escucho un murmullo, a lo lejos. Me hablan, alguien dice mi nombre. Mi nombre, el que ni yo mismo sé si es certeza, mi nombre otra vez. Ahora puede ser realidad. Intento regresar a las uñas sobre la tierra, hundirlas para ver si por fin puedo. Abrir los ojos parecería que también ha dejado de ser opción. Los párpados son un riel, la imposibilidad de andar, como un sueño pesado en el que nunca se logra el cometido.

La voz, esa voz, la he sentido tantas veces. Es entonces que llega un instante de relámpago, la lucidez. Mis manos dejan de insistir. El sol cae sobre mi rostro. La energía que me permite volver al pensamiento. La claridad como un premio en el sorteo de permanecer en la vida.

Es justo allí, en la sensación de un desfile de hormigas sobre mi cuerpo, que recurro a los días de marchar en el ejército, de cuando me enrolé a la milicia como única y última opción. Vinieron a mí los uniformes, la bayoneta, disparos a los contras, correr para salvarme y salvar a los demás.

Un galardón, la cerveza fría. Recuerdos de una noche de fiesta y bailar. Yo también tuve, yo también fui. De pronto un tren, la vibración de nuevo, los viajantes hacia sus sueños, yo uno de ellos, allí, hacia dónde, quién sabe.

Pero estoy aquí, inerme, con el cuerpo inmóvil, en la lucha interna de querer y no poder. Con un moscardón en el cerebro que me acusa, me condena. El juicio en un páramo donde sólo el silencio sabe lo que habita.

Hubo una pausa. Comió la oferta desde mis manos: una nieve de garrafa. Me miró y parecía mirar al infinito. Luego de un silencio le pregunté por qué seguía respirando. Y vino de nuevo con su voz:

Me sumerjo por error. Las aguas de la desilusión. En el estanque de residuos, lo que la ciudad desecha. Venía de andar la ruta matinal. No supe cómo pero caí. De pronto un dragón espeso me sumergió en sus garras. Las manos, las piernas. ¿Dónde quedaron los higos? Los bajé con un gancho en la punta del carrizo. Son para la abuela. Tú sabes, la abuela. La de los fomentos en las rodillas, la de la cabellera blanca. La que nos sacaba todas las tardes a pasear.

Ahora estoy aquí. Ignoro cómo vine a dar. ¿Dónde quedó la bicicleta? Teníamos un perro y tres gallinas. Apenas miro la ventana, el color óxido de la puerta del corredor. Estoy aquí. Me hundo más. Pesan las aguas y sus garabatos. Trapitos de niños muertos, azúcar azul que nada tiene qué ver con aquella que un día nos dieron las cañas, en los sembradíos, bajo la enramada, antes de la puesta de sol.

Solíamos correr con desenfreno. Trepar a los árboles, nuestra casa de ensueño. Dormitar sobre los troncos, extraviarnos de las miradas, jugar a los invisibles, torear los nidos de las aves, acercarnos y observar la reacción de las palomas que echaban huevecillos.

Pero ahora estoy aquí, inmóvil del cuerpo, mirando cómo la luz

ámbar me hace una señal de salida. Que me acerque me dicen los pajarillos, que me han perdonado el juego donde niño les soplaban por el pico para asfixiarlos y mirarlos caer. Estoy aquí y todos parecen bailar un vals de bienvenida. ¿O es de despedida? Ignoro adónde me lleven estas aguas. El naufragio después de una tarde viendo ponerse el sol.

Tuve una vez la cordura. Los trenes donde la familia nos trepamos todos. Y vinimos a dar al campo que es desierto. La tierra agreste que genera frutos. Porque así me lo cuentan ellos, los de traje blanco. Los de camisa y mancuernas. Los que hablan de corrido con la mirada fija.

Dicen que habitar dentro de los muros es recuperar la conciencia. Indagan, me interrogan. Adónde se fue el pensamiento, insisten. Cuándo y cómo y por qué se dio el cambio en la mirada. Qué tuvo que pasar.

Los trenes, digo, furgones cargados de almas. Allí se fue la mía, allí nació la mía. Junto a esa niña que un día me sonrió. Tenía la mirada verde, como el valle. Tenía complejas las manos, me tactaba con lejanía. De pronto entreveró su cabello al viento y en silencio la miré en su vuelo.

En eso estábamos cuando llegaron los uniformados. Me hicieron varias preguntas, qué si lo conocía bien, que si por qué tanta confianza y por qué permitía que se me acercara tanto.

Nos encontraron bailando. No supe en qué momento la Banda Municipal se instaló debajo del quiosco de la plaza. Nos interrumpió de las palabras del indigente. Entonces sin más camino que la música decidimos bailar. En eso estábamos cuando llegaron los uniformados. A él se lo llevaron a empellones, a mí me subieron en un carro negro, me pidieron la dirección de mi casa. Ahora sólo recuerdo que mientras el carro avanzaba, el indigente, arriba de la patrulla, movía sus manos como intentando tocar el viento.

AGRADECIMIENTOS

A la Biblioteca Pública Municipal “Eduardo Estrella Sotelo”, por ser el recinto inmejorable donde se realizó el trabajo de lectura, selección y edición de esta colección de relatos.

A Sergio Rascón, por ser nuestro Van Gogh, nuestro Picasso, nuestro Rembrandt, nuestro Goya... todo en uno sólo. Y, dicho por ti en el Pluma Blanca... *Caborca es el ombligo del mundo*.

A la Universidad de Sonora, a la Compañía Minera Fresnillo, especialmente a la Lic. María Elena Caro, a los auspiciadores de muchos años de la literatura caborquense, Clínica Santa Fe y el Doctor Matías Lara Guzmán; a Joaquín Noé Álvarez y sus empresas, Don Gilberto de la Cruz (+), Don Gilberto Alanís (+), a los buenos amigos y ciudadanos Adrián Alfonso Oviedo Méndez, Fausto Fragoso Carranza, Jesús Rascón Martínez y hermanos, a Luis Martín Méndez, Rafael Pizá, Alfredo Rascón Arrizón y sus primos, a Lorenia Jáquez Montijo, Rogelio Cornejo Peralta, Luis Ernesto Castillo, Guillermo García Méndez, Gloria María Olivas, Fernando Robles Cordero y familia, a Erik Ruiz Espinoza, a la familia Suárez Orozco de la empresa Machaca Suárez, a Pepe Chuy Palacios por ayudarnos a fomentar las letras en su estación de radio... a todos ellos que, aunque no se involucraron directamente en este proyecto, durante años han colaborado y apoyado a la actividad literaria de nuestra ciudad. Un reconocimiento y un exhorto a que no pierdan esa convicción que constituye un gran pilar social y humano.

Especialmente al Club de Lectura Duermevela, por toda una década de libros recorridos, de mundos visitados, de viajes emprendidos, de logros realizados, personal, familiar

y socialmente. Son personas admirables y buenas.

A todo el pueblo de Caborca... por la oportunidad de, humildemente, representarlos en esta actividad que nos motiva.

ÍNDICE

Índigo	
Verónica Fragoso Irineo	15
El amor ocurre desde lejos	
Miguel Bejarano	21
A tientas	
Tania Yareli Rocha Hernández	33
La noche del Mapache	
Ricardo Félix	41
El Desastre	
Tamara Washington Olivas	51
Sueño	
Yamileth Washington Olivas	53
Epitafio	
Fernando Peñuelas García	55
La noche memorable que juré no contar	
Gustavo Mazón Sotelo	61
Señorita de las de antes (...o El despertar de los sentidos)	
Esthela Pereyra	69
Asimetrías y discordancias	
Manuel Méndez	79
Presagios	
David Chavarín	93
Un grito que clama en el desierto	
Eduardo García Burruel	107
Relatos invitados	
El último arte	
Luis Álvarez Beltrán	119
Trémulo horizonte	
Carlos Sánchez	127



Nueva Narrativa Caborquense
Compilador: Luis Álvarez Beltrán
Se terminó de imprimir en octubre de 2018

La edición estuvo a cargo del autor y la
Coordinación Editorial y de Literatura del ISC
Se utilizó la fuente Palatino de 8, 9, 11 y 12 puntos